



Joaquín Copeiro
Jesús Pino
Elisa Romero
María Antonia Ricas
Carmen García-Lecua
Francisco del Puerto Almazán
Mar Peces
Manuel Quiroga Clérigo
Amparo Ruiz Luján
Jesús Bermejo
Miguel Ángel Curiel
Gustavo Luengo Rodríguez
Rosa M^a Sagrario Zaba Paredes
Citlalli H. Xochitiotzin
Juan Carlos Pantoja Rivero
Ana Isabel Rodríguez Ortega
Juan Carpa
Paco Morata
Benjamín Pulido Navas
Jesús Rubio
Benjamín Valdivia

Ilustraciones: José Morata

HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

Hermes 14. Toledo. 1999

Revista Artesanal de Poesía

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y

Jesús Pino

Edita: *Hermes4*

Consejo editor:

Jesús Pino

María Antonia Ricas

Joaquín Copeiro

Juan Carlos Pantoja Rivero

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

Portada: Lucía Ruiz

HERMES

14



PRIMAVERA
Revista artesanal. Toledo, 1999

JOAQUÍN COPEIRO

LA MUERTE DE UN NIÑO

A J. y D.

*E*stoy dispuesto a negarme hasta la muerte
a amar esta creación
donde los niños son torturados,
decía Camus,
y eso que no vio a la madre,
que yo la vi,
llorando
desconsolada,
deteniendo el tiempo de la despedida,
que no se acabe nunca
esta noche en que las horas sobran,
y el cielo y la tierra sobran,
para seguir viendo aunque sea
el cadáver de su hijo,
inocente y limpio,

cristo torturado impiamente
hasta romper los corazones
de todos cuantos presenciaron su agonía,
y eso que no vio a su padre,
que yo lo vi,
poniendo a prueba toda la potencia
de su razón científica del mundo,
pero impotente,
seco de llanto ya,
frente a su hijo sin vida para siempre
y desleído de una vez por todas
-como un bello sueño infantil
que irá alejándose, alejándose,
hasta perderse en el final del último siglo-,
entre sus manos de padre tierno,
cristo lacerado sin misericordia,
el hijo,
y el padre cristo también,
y la madre otro cristo injustamente masacrado,
hasta dejar sin aliento a todos los amigos,
porque
*no hay nada sobre la tierra
más importante
que el sufrimiento de un niño,*

*nada más tremendo
que el horror
que este sufrimiento nos causa,
decía Camus.*

Y así las cosas,
¿cómo creer, oh Dios, en tu existencia?

Porque...

*¿quién podría afirmar,
decía Camus,
que una eternidad de dicha
puede compensar
un instante de dolor humano?*

LA PALOMA NO HACE MÁS QUE EQUIVOCARSE

Ya no sabía por dónde iban los trenes,
ni si se dirigían al norte o al sur,
ni si venían del mar o del cielo,
porque ya no había trenes que alimentaran su esperanza:
en el angar, sólo botas abandonadas

recordaban la presencia de otros hombres.

Las bombas rompieron el abrazo
y las manos se quedaron con un palmo de vacío,
palpando el agua cuando buscaban el trigo.

Por la noche, salió de la estación
y descubrió una carpa al amanecer
-o al revés,
la descubrió de noche
y era de día cuando salió-,
una carpa blanca y sucia,
llena de *rock* y de *chupitas* de cuero.

Sobrevoló cabezas con sus ojos ensangrentados,
manos pintadas de blanco,
la humareda de los incendios
y el vuelo de la paloma,
y a punto estuvo de gritar sus nombres.
Vio a otros hombres con el grito descompuesto,
bañados en metralla de misiles,
estrellas de la muerte,
o rocío de maldiciones,
y las fuerzas le fallaron.

Buscó su casa
detrás del corazón de los *Estados Mayores*,
y no halló sino un lodazal de barro y fuego,
tres muñecas mutiladas,
rotas las faldas y las blusas,
y una guitarra con las cuerdas saltadas.

Los gritos de los espectadores agujerearon sus rodillas.
Sucumbió,
cayó de hinojos sobre la nieve
y, abrasada, su voz clamó a lo alto:
¿por qué, oh Dios,
no enviaste,
desde la cumbre de tu rama,
una legión de arcángeles
en vez de esa lluvia infernal de *tomahawks*,
y los hiciste sentarse a una mesa,
fumar hasta la asfixia,
tomar una taza de café con el Diablo,
o contigo,
y enterrar las patrias una a una?

JESÚS PINO

DIEZ LAMPARILLAS EN UN TAZÓN DE ACEITE

1

Y aplastaré el orgullo de aquel que niegue al pan su corazón de lumbre. Promoveré un ejército de espigas y afilaré los aires y sus cienos. El mejor prisionero será quien sea enterrado detrás del barracón de los vencidos. No haré declaraciones a la prensa. No firmaré ni treguas ni armisticios. Esta batalla es mía y de la soledad que escribe mis hazañas.

2

Antiguas habitaciones ocupadas en los días del aire y de la lluvia permanecen en el fondo de un pájaro que tuvo su historia sobre la barandilla de un balcón. Y su canto recuerda que el tiempo es una pluma en primavera. Y su canto es el gozo de un pájaro invisible. Un cadáver del vuelo pudriéndose en las camas, los vestidos, las azules alfombras, la risa de la sangre, la penumbra...

3

Devuélvenos, inteligencia, el nombre exacto de las cosas, para que cada luz brille en su cementerio. Despelleja las brújulas verbales y la anciana materia de los mundos. Que bauticen al nombre sus fantasmas. Que sean las cosas peces del sentido. Y que olvidemos todo, como a los viejos días, para que no haya daño en los amaneceres.

4

Hiere el retrato. La urdimbre, la textura, la trama, el argumento, hieren las prudentes retinas de los sueños. Pero la claridad es exquisitamente saludable. La luz es una fiesta ajena, intraducible. Y caminar entre el color, sin guardar compostura ni equilibrio, devuelve a las figuras el encanto perdido de la vida. Esa revolución que da la fama al insepulto instinto de la dislocación. Esa nota de humor que rompe la cadencia de los rancios artistas geométricos y calvos.

5

Saben la solución y también saben cuáles son los caminos por donde no se encuentra -sabiduría llana del interés más viejo que la prostitución cantada de sus madres- Así que abren jardines y ensalan océanos. Y podan los almendros y presumen al aire de la proa con su azul uniforme de academia. Luego entierran cadáveres y rezan oraciones por su descanso eterno. Pero nunca descansan, y tuercen y retuercen las sencillas aceras del destino.

6

Los inviernos terminan cuando las tardes bailan desnudas a los pies de las ciudades. Cuando la soledad de los muchachos encuentra las sortijas de la imaginación. Cuando una risa vuela arrastrando en sus alas el rizo iluminado de una fuente. Cuando acaban los bárbaros hechizos que escriben los tiranos reyezuelos de la nada y el oro.

7

Y qué le importa al mundo si me lavo los pies con el orujo negro de la muerte. ¿Es que van a cambiar las bambalinas cuando sepan que tengo el alma azul? ¿Retirá el rocío su lengua de burbujas? ¿La cantata del perro afirmará su olfato? La lírica sin épica no sirve para esta paz sin pulsos ni armaduras. Hay que inventar otro sueño, otra demencia, otra voz, otra soledad, una esperanza.

8

Nosotros somos más en número y en grado. Ellos son menos, pero tienen más. Este es el orden. Lo imperfecto no es histórico. Es una aberración del equilibrio. Las cosas en su sitio: ellos y nosotros. Y claras. Ni trampa ni destino. Ellos saben qué son. Procuran que ignoremos quiénes somos nosotros.

9

Si no ves lo invisible, renuncia a los halagos que da la libertad al vello de la aurora. Renuncia a la avalancha de mimos que derrocha la soledad de un árbol en diciembre. Si sólo ves la luz ocupa tu lugar en la fatiga. Quédate entre las piedras y sus nombres. Quédate en tu mirada. Lo invisible desprecia la inútil vanidad de los ocultos en el fuego letal de una pupila.

10

Con toda la ternura que puede acumular una vieja palabra cansada de ser dicha. Con toda la pasión que puede fermentar una dulce palabra libada por los labios. Con toda la verdad que puede contener una sabia palabra manchada de perfumes. Con toda la vehemencia de los justos. Con toda la locura de los necios, digo: te quiero. Y abro un hueco en mis manos para dejar al vuelo mis sentidos.

ELISA ROMERO

*vive,
que yo te espero fuera*

es el agua de mi pozo man-
natial para la sed y la fatiga
de andar tiempos y caminos
del desierto

Bebe

esperaré
 en la orilla
cubiertos de arena los o-
jos los tobillos sal en la
lengua y en las manos lirios
de pez dormido

Vive

te ofreceré
 un regazo
herido de intemperie ru-
mor de risas al revés no-

ches al raso en rebanadas
de luz
flores azules
 estrujadas en los labios
 Bebe

me apoyaré
 en el quicio
 de la ausencia
aguardando a que cumplas tu destino;
porque la vida
 era otra.

Sube. Álzate,
que yo te espero
en las altas regiones del origen
donde el tiempo no existe
y el espacio aéreo de la nada
es infinito.

Ven. Alcázate,
que yo te invito:
beberemos la esencia evanescente
de lo etéreo, habitaremos jun-
tos lo invisible, y seremos uno
en el silencio.

Nunca tanto volar de mí a mí misma

nunca
tanto gozo ni tanta plenitud
nunca
tanto dolor tan-
to vacío en las alas
tanta

Soledad

nunca
con la ausencia al cuello
tanto
tiritar
de arena y de silencio
nunca
tan viva y
tanto morir nunca

naciendo en la retina la memoria
y en agua
 en pluma
 en sombra
 en humo
en aire
por la mirada de la que surtí

el instante

rezumando de sí mismo,
el pasado
que nunca existirá,
el presente
en una sucesión de esperas sostenidas;
y anular el deseo su-
primir el cuerpo sin
piel sin vísceras ya e-
levando el latido hacia el fondo de otra entraña;
vivir morir inmerso
en voces de silencio o-
cultándose en ellas entre todo lo otro
y ser nada ser nadie,
rotunda agua fugaz

MARÍA ANTONIA RICAS

ESE DÍA VIRGINIA WOOLF SE SENTÓ EN MI SILLÓN

Fuera de la casa,
en los aserraderos de la hierba, las cigarras caídas se busca-
[ban
para amarse aunque toda la ciudad
fuese un horno donde un dios vengativo cuece deseos de
[haber sido un hombre.

Fuera de la casa
brillaban los patios con abanicos detenidos entre las uvas ver-
[des,
radiantes de veneno. Luego cambian al jade de las lenguas
[que aseguran
no olvidarme jamás.

Algo sencillo y sombra era un silencio de siesta bajo el pie del
[mediodía;
es un silencio el trigo de mi mesa, montoncitos de tiempo
[granulado
que agrupo sin anillos con un dedo
de tinta.

Algo más blanco aún que las paredes pintadas de pereza y
[mujer sola
que escribe sobre el lomo de su gata dormida hasta el calor,
[en el telar
del viajero del mar.

Tengo una carta lista para el vuelo
de la muerte,
una palabra blanca aprovechando el instante de estar senta-
[da, fina,
ligera cuando el peso sofocante se abate hacia los cuerpos
[consentidos.

Seguro que no duermo; en el silencio se ha vertido el matraz
[de una hechicera.
No hay viento de sudor y no hay campanas, ni avisos que
[aconsejen desoír
este silencio mágico poblando mi casa o mi cabeza con su
[ruido.

Alguien con g que inicia
un paseo que lleva a las marismas, un trayecto del río que
[reúne
la gravedad de piedras de suicidio

en los bolsillos y habla con Ofelia porque marzo termina con
[las vidas
cansadas;
una figura de humo que se viste con flores de raíz, hija del
[limo,
mirando, pensativa, un lado oculto, robada del momento
[en que recibe,
sentada en mi sillón, a sus fantasmas.

Veo transparentarse su sombrero, su invisible perfil tomar la
[forma
de una dama delgada que adivina su imposible visita en mi
[verano.

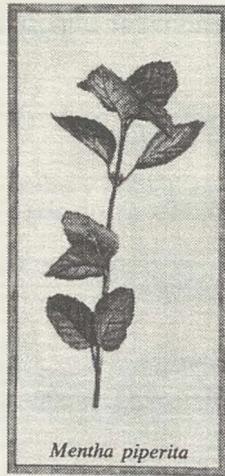
Supe que no fue herida por el agua.
le dio la luz,
la vi mirar distante decidiendo si caminaba a Rodmell a las
[cinco
o si tomaba el té conmigo, ahora.

Tocó mi corazón con su postura.
Aceleró mi pulso, trajo el tiempo. Después se disolvió, de-
[jando un hilo
de olor a mujer pez de una isla griega.

Después sopló la tarde en mi cosecha
de trigo.

En los aserraderos de la hierba los niños sin restar desorde-
[naron
el silencio, la tinta, el bebedizo.

El homo apaciguaba su cochura y un borde de abanicos sesgó
[el aire.



Mentha piperita

CARMEN GARCÍA-LECUA

CABALLO DEL MAR

... Entonces, submarino,
desde su nido en ánforas romanas,
al lado de los barcos
lunares del aceite,
mecido en las mareas,
verdiazul, sin heridas,
olor a sal
y a litoral de dulces archipiélagos,

busca la superficie,
tierra adentro los pastos amarillos,
la golpeada sombra
de la encina,
la renegada col,
los breves pozos,
el grano austero.

Joven, urgente,
blanco de espuma aún,

primero al trote
de quien no está cansado
y es inocente, apenas irascible,
y luego, si galopa,
si corretea y halla
arroyos que le lleven
su saliva muy lejos,
feliz me mira y dócil pero libre,
dispuesto pero libre,

y me lame la mano
sólo un instante y oigo
las palabras del agua
más antigua
se acerca regalándome
esa canción de bronce en las salinas...

Qué alegría tocar, tan tierra adentro,
la libertad del mar,
su voz alfana.

FRANCISCO DEL PUERTO ALMAZÁN

LÍMITES

HOMENAJE

Con los ojos abiertos, Blas de Otero,
llegaste y preguntaste ronco; era
un desgarrón de carne, tu primera
palabra desde el hondo tierno y fiero.

Y respondía el hombre con un «quiero
ser vida perdurable», y Dios: «espera»,
redoblando tu voz en la reguera
de la pólvora viva, Blas de Otero.

Oh cáliz de la vida que te enseña
ansia de luz, cegando la mirada,
ola de sangre que a la sangre empeña.

Descansa dulce, enfría tu velada,
el hombre sigue vivo y aguileña
tu palabra alentando nuestra nada.

I

Desde el oriente ignoto de la vida
no hay parada en el ser ni permanencia
y sí un temblor de ver la consecuencia
de este latir que pierde la partida.

Pido una voz que cure tanta herida,
el tiempo inevitado en la conciencia,
la ligazón del miedo a la presencia
de la sima final ya presentida.

Derrumbarse, caer, perder el suelo,
transvivirse, vivir eternamente,
ser o no ser, inevitable duelo.

No hay luz en tu mirada ni en la mente
para la espesa oscuridad del velo,
cuando el sol se nos pierda en el poniente.

II

No hay luz en tu mirada ni en la mía,
ni sosiego en el pulso que agoniza,
solo un rumor caliente que nos briza
tal sinrazón en este mediodía.

Algo nuestro convida a la armonía
contra tanto estupor; se profundiza
esta lucha de estar que realiza
y no hay engaño ni el amor porfía.

Nos ganarán las manos funerales
de este mar que es azote y abundancia,
pero pisemos pasos de mortales:

Tu mano con mi mano en consonancia,
mientras resista el barco vendavales,
al aire el corazón, única estancia.

III

Al aire el corazón, a la alegría
de la terrena plaza, a esta mañana
donde la luz te envuelve tan humana,
tan abierta de paz y cercanía.

Deja el después y el antes y confía
el milagro del tiempo sin campana,
es la hora vertical, la vida gana
la entera dimensión que perseguía.

Soy estancia y esencia, y los sentidos
puente son al abrazo del entorno:
el mineral reposo imperturbable,

álamos por la brisa estremecidos,
pececillos del río sin retorno,
y tú encendiendo amor, niña entrañable.

IV

Y tú encendiendo amor, volteando vida
contra el oscuro muro de las penas,
flujo que animas de calor las venas
y de aliento la sangre consumida.

Como vino que ahuyenta tanta huida
a tu imán necesario me condenas,
beberte es no buscar otras arenas
que tu ardiente humedad de amanecida.

Instante vertical y compartido,
abrazo en el abismo del presente,
¡la solidaria sensación del nido!.

Pero el mañana oscuro de la frente
sigue volando el corazón herido,
silbando su veneno de serpiente.

V

Silbando su veneno, esta hermosura
se nubla y te hace cerco de enemigo,
la cercanía es limitar contigo,
el abrazo, ilusión fugaz y pura.

Vivir es instalarse en la aventura
de la mano tendida del mendigo,
donde el pan es un don y es un castigo,
fruta de árbol, regalo de la altura.

Y no es sólo el dolor del tiempo huyendo,
sino la arquitectura de la arena.
¿Cuándo sera mi cuerpo un simple olvido?

Aquí está el mar inmenso, sonriendo,
rizos de plata, brazos en cadena.
¿Cómo saber si entiende mi gemido?

VI

Aquí está el mar, aquí la compañía
muda y constante de su voz en claves,
el cósmico latir, puerta sin llaves,
su cierta realidad, su cercanía.

Aquí se estrella el ojo que era guía,
el aquietante curso de las aves,
gimiendo tristes y volando graves (1)
la inevitable noche de este día.

Aquí estás, mar, rodando tu ribera
a la arenosa base de mi esquina,
jugando a entretener mi corta espera.

Aquí estás, mar, rodando mi ruina;
mi peso, grano a grano, se aligera:
ante tu fuerza el corazón se inclina.

VII

Ante tu fuerza es débil el coraje
con que puedo asumir yo mi tarea.
¡Luchar contra tu flujo, tu marea,
siendo sólo el deseo mi equipaje!

No es tiempo de esperar el estiaje
cuando tu permanencia se recrea,
amenazando diluirme, sea
mi muerte el justo pago del anclaje.

Mas si en ti entrar no puedo sin perderme
y es desigual el peso de esta lucha,
alejaré mis pasos del empeño.

No olvidaré que soy materia inerme
y mis latidos parte de tu escucha,
no te niego el poder de ser mi dueño.

VIII

No te niego el poder, ni tu misterio
que me ronda y me puebla y me conmueve,
rumor de sombras que, en la noche, bebe
manantiales de luz en cautiverio.

Me duele esta impotencia y el imperio
de tu incendio voraz y de tu nieve,
este cerco total, suicidio aleve
que convierte mi canto en cementerio.

Amo la vida tan intensamente
que me asusta el silencio que la habita,
mientras arde el horror y la miseria.

Si dejara de amar, si de repente,
eligiera el abrazo de la cita,
¿qué color borraría de esta feria?

IX

¿Qué color borraría, qué sonido,
qué nombre, qué calor, si me dejara
perder en su misterio y me entregara
de su extraño estruendo al fin vencido?

Pero quiero vivir, quiero el sentido
del aire que me alienta y que repara
este incierto camino que no para
la duda ni el dolor de estar perdido.

Escribo desde Dios, para Dios hablo,
saltan los corazones como peces
y se mueren, brillando en su vocablo.

A veces, una flor entre las heces,
un calor animal como de establo,
un palpito, un ruido, sólo a veces.

X

Escribo desde Dios, vibra mi pluma
como si hiriera el tiempo con tu nombre;
te llamo Dios como me llamo Hombre,
podría decir Hambre, Plectro, Espuma.

Cavilo desde ti, desde la bruma,
no hay vocablo más hueco que me asombre,
ni más profunda mina que me escombre
y, entre tanta miseria, me consuma.

No hay signo del Zodiaco ni planeta
que iguale en marejar con tu violencia
o con tu blanda mano o con tu estilo.

¿Cómo puedes ser miedo o falsa meta,
si me toca tu voz con insistencia,
si remueves mis fibras hilo a hilo?

XI

Si me tocas, oh Dios, si me encadenas
al aire desgarrado de la vida,
si tu silencio pide que la herida
de mi voz se haga fuego entre mis venas.

Si no puedo luchar, si me condenas
a ser muda presencia estremecida,
si tu silencio impide que te mida,
recuerda este desierto sin arenas.

Aquí tienes un hombre abandonado,
braceando tu mar redondo y fiero,
aquí tienes un sueño mal soñado.

Te entregaría todo lo que quiero,
todo lo que perdí, todo lo hallado,
si me llamas, Dios, cuando te espero.

XII

Te entregaría un niño, una inocencia
entre rincones y árboles perdida,
mi adolescente sinrazón herida,
el tiempo que me grana la conciencia.

Mi corazón mejor, mi independencia,
la familiar memoria compartida,
el cívico coraje, la encendida
casa donde nací sin disidencia.

Los amores que fueron, los que hoy ríen
encuentros y palomas y canciones,
su placer y cauterio, su armonía.

En tu busca mis pasos se deslíen,
pierden base los largos malecones:
¡andar el mar, el sueño que quería!

XIII

Andar el mar, salvar la marejada,
abandonando remos y temores,
gravitar el misterio sin temblores,
hermosísima luz, llama salvada.

No digo pie ni escama ni ave alada,
sino ser hacia adentro, digo albores
abiertos, infinitos, sin colores,
solo por ser materia trastornada.

¡Con tu voz trastornando mi sentido!
Tú, que no tienes voz para mi oído
ni puerta en que llorar para que abras...

Qué soledad redonda mis palabras,
qué aguda sensación de estar perdido
y mudo frente a ti, Dios escondido.

XIV

Qué soledad redonda la condena
de no poder salirme del camino,
de la almendra mortal donde imagino
el curso del azar de esta colmena.

Mi corazón se expande, se oxigena
del límite, del tiempo, de un destino
más pequeño y humilde en que culmino
humano frente a un mar de sombra plena.

Me quedaré a rodar toda mi rueda
de ignorado diámetro, de agudo
diente engranado a lo que anclarle pueda.

No es Dios el mar ni he de buscar escudo
en niebla espesa, monte o arboleda,
no es el mar realidad de la que dudo.

XV

No es Dios el mar, sino que lo mantiene
mirándolo sin ojos, nido oscuro
que restalla su fuerza contra el muro
blando del corazón para que suene.

Para que suene su rugido y pene
el hombre, recordando su futuro,
la ruina de su historia, el seguro
norte limitador que nos contiene.

No he de temerte, mar, ya sé tu nombre,
tu relación conmigo, tu cadena,
aunque no tus orígenes ni horarios.

Ni amigo ni enemigo eres del hombre
cumplamos cada uno la condena:
muerte y vida, habitantes solitarios.

XVI

Muerte y vida, los polos necesarios
para que nunca cese esta locura;
cunde la vida sólo si en bravura
triunfa en esta lucha de contrarios.

Ser y no-ser, parientes legendarios
aun en la nada cierta luz perdura
y hay, en el ser, el sello de la oscura
muerte anidando turbia en sus ovarios.

Esto alimenta el sexo y el rechazo,
el vértigo, la náusea, los dolores,
la sed y el hambre, el beso y el zarpazo.

El callado delirio de las flores,
el necesario ahogo del abrazo,
los miedos de las noches veladores.(2)

XVII

Esto alimenta el mundo en el que vivo,
forma el haz y el envés de esta moneda
que como viejo canto rueda y rueda
hasta ganar el mar definitivo.

Hasta ganar el mar, busco, recibo
silencios y temores, sin que pueda
romper al fin el velo en que se queda
esta luz, este tiempo fugitivo.

Hasta que todo acabe y tu misterio
descanse mi cerebro atormentado,
la noche tensa de mi incierto día.

Entonces la palabra cautiverio
no existirá, ni el tiempo ni el cuidado,
sino lo que mi anhelo no veía.

(1)Góngora. *Fábula de Polifemo y Galatea*. V.39

(2)S. Juan de la Cruz. *Cántico Espiritual*.V.145

MAR PECES

ÉGLOGA PARA EL SEXTO SENTIDO

La niña aguarda el grito que anuncia a los barqueros.

Rizando la mañana
en los meandros, vueltas que destrenzan las algas,
pelo de azuda, vueltas
de carrizos que esconden
alas, siseos, huevos, chapoteos de vidrio,
virarán los barqueros
de la noche.

La niña aguarda el grito que anuncia a los barqueros.

Saludan en la orilla
traslúcidos delfines
de agua dulce trinando historias de un estuario
donde vieron zarpar
a los soldados jóvenes.
Los delfines exploran
campanarios anfibios, calles que la distraigan
de la espero, azulejos

brillantes de esas casas con el suelo encerado,
terrazas soleadas
y puntas de ciprés.

La niña aguarda el grito que anuncia a los barqueros.

Lleva barro en la boca,
«es la tierra más vieja que conozco» y sonrío.
Más allá, siete grullas
están soplando cuellos de botellas de naufragos
igual que siete geishas
recitando mensajes
de seda, los mensajes de objetos extraviados
sin dueño ni avaricia.

La niña aguarda el grito que anuncia a los barqueros.

Aún no tiembla el pulso
añil de las libélulas,
aún tonalidades de pereza y relojes
ruedan hasta las cañas.
Y la niña recibe
pedacitos de sueño, jirones de camisas
de la Luna

confundidos con hilos
de una araña, enrojecen,
se transforman en peces.

La niña te repite
canciones de soldados poetas, de mujeres
que amaron su reflejo
en las hojas
de las armas,
quemándose apresados de los filos flexibles,
y regalaban sangre
sobre el metal viril;
«es la sangre más vieja que conozco», y sonrío.

Y se yergue de pronto,
tan alta porque agita
sus brazos,
porque escucha en sus ojos
llegar a los barqueros.

Los barqueros que vuelven de la noche desnudos.

La niña toma el agua
y la lleva a tu boca,

«es el dolor más viejo que conozco», y sonrío.

Es la ciudad un río
de presagios.

Es el río una niña que grita a los barqueros.

Regresan los barqueros,
te embarcan en sus luces,
en sus quillas de estrella.



MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

INVENTAR UN PAISAJE

Para Margalit Matitiah

Ahora estoy en Madrid, Margarita, y el aire
es diferente a aquel que en Haifa respiraba.
Los recuerdos del tiempo en que vivía
en tu país renacen cada vez que un sonido,
levemente, interrumpe mis pasos o mi palabra acalla.
Casi nunca es posible inventar un paisaje
o hacerse lluvia amiga después de la sequía.
Tú que vives de siempre en esa nueva patria
has de intentar que todos sean libres en ella,
que no haya distinción entre judíos y árabes,
que se abran las fronteras, sinagogas, mezquitas,
para orar todos juntos a un Dios supremo y único,
dando paz y trabajo a gentes musulmanas
evitando que existan las miradas de odio
frente a un mar tan azul como ese mar tan nuestro.

Madrid, 20.10.92..

PLACIDEZ

En San Miguel de Allende las tardes son plácidas.
Hay un olor a fresa recóndita y cercana,
el dibujo perfecto de esa campana inmensa que desciende,
alguna sensación de sierra que circunda paciente
los tejados.

En San Miguel de Allende se averiguan
destinos de gaviotas, un deseo de mar rodeando las plazas,
ese imprevisto azúcar de ciertas geografías
de crepúsculo y lluvia, la limpia omnipotencia
de semillas inéditas o rotas.

Llegar a su solar merece caminatas, el suave sacrificio
de páramos y hormigas, el discurso de sierras o volcanes
que aún esperan nacer.

Sin embargo, de pronto en sus fachadas
se perfilan historias de ascensores, los vitrales pretéritos,
los méjicos de pubis y mercados, la olímpica insistencia
de etiquetas y estruendos, esas eternidades
de balcones abiertos
con perfiles de sauce.

En San Miguel de Allende existen los jardines
prodigiosos,

las norteamericanas gráciles que invaden bibliotecas y rella-
[nos.

Las muchachas del norte, por ejemplo, disponen
de cinturas feraces, las que prometen frutas deliberadas
o argumentos de sexo libérrimo y profundo (aromático).

Los jardines, por ello, tienen pozos antiguos
con brocales artísticos y presente de yedra.

En sus fuentes abiertas van a beber los pájaros,
permite sortilegios de sándalo y palmeras,
habilita rincones de sosiego y penumbra,
organiza algaradas de poetas y niños,
proclama intimidad en la noche de luna
a castillos y amantes.

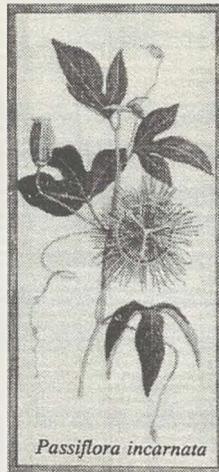
En San Miguel de Allende nos surgen argumentos
de mansedumbre y sueño, el deseo naciente
de amadas y tranvías, pronósticos de lago,
de posibles escotes,
de nube,
de aire esplendoroso,
de cielo con palomas,
de algún acantilado.

Es un lugar pacífico para días de asueto,
para alcobas eternas,
para sábanas limpias

y constancia.

En sus torres y aceras se demoran las horas,
se adivinan paisajes de espigas y confines,
se organizan crepúsculos de pólenes y árbol.
En San Miguel de Allende
ciertas tardes son plácidas.

Majadahonda, 8.8.98



Passiflora incarnata

AMPARO RUIZ LUJÁN

Hoy quiero ser el último de los seres creados,
como un frío salvaje que paraliza el mundo.
Hoy me juego los sueños,
la alegría que no está calculada,
esos días festivos que tú y yo conocemos
y que marco en tu cuerpo:
mi único calendario.

La más cruel batalla la libro cada día
en los estercoleros,
dormida por los bancos esperando la nieve,
descendiendo al abismo donde yace la culpa,
gritando en el atlántico volcanes de nostalgia.

Mi Dios vigila el mundo desde un balcón muy negro,
entre las lavadoras de los supermercados,
entre yunques de espejos y un silencio inquietante.
Mi Dios, como un arqueólogo, rescata mis palabras
y sólo me permite faltas de ortografía en ascensión salvaje

Hoy justifico al mundo
como un mar de sotanas que nos crucificasen
a las risas de los que no nos aman.
Y me recitas salmos
estando sin estar, siempre presente,
errante en la maleza,
en una realidad de noches,
negociando la muerte,
con lobos en tu vientre y ladridos de perros.
Te siento visionario,
apóstol de la mediocridad,
en este día manso en todas mis colinas.

Y bebemos tu copa,
cautivos,
en íntimos desvelos.

No quiero conocerte.

Te veo.

Te siento.

Te quiero.

Y ya me basta.

JESÚS BERMEJO

Mujer que miras y buscas
por los parques de las ciudades
cómo brillan los ojos de los hombres:

Oye la voz de tu palabra,
mira cómo resuena en los lugares
remansados y libres de las plazas.

Huele el sabor de las rosas
que buscas intensas por el mundo,
para que conozcas la fragancia
de la llegada de la eterna primavera.

«He vuelto a ver los álamos del río...»
(A. Machado)

Olía a piorno florido
junto al Venero,
y en los ribazos -
cercana la Pedrera,
amenazante la tormenta -
el cuco cantaba tranquilo

impregnando de música
los prados junto al arroyo.

Ibais conmigo Ana y tú
y descubrí de nuevo el
[mundo

MIGUEL ÁNGEL CURIEL

POEMAS DE MEDIA TARDE

11

La tarde ha abierto su ventana al poniente
y yo debo hacer otra muesca con las uñas en esta hoja,
pero ni siquiera sé si valdrán la pena estos versos, y si
tendrán esa fuerza que de mí se esperaba, sin embargo sé
[que todo
esto es circunstancial y que, acaso, baste con que me declare
absorto por la claridad de estas tardes y cegado
por las palabras de amor que a pesar de todo profeso.

12

Tarde a tarde he tejido mi propia luz,
después en la noche me ha alumbrado un poco cada día.
Supongo que es suficiente ese poco de claridad y que
no hay que pedirle más a la vida
Conozco sólo una parte de mí como supongo que cada uno

se conoce a sí mismo de una forma extraña y diferente.
Digo muchas veces que he oído las campanas de mi silencio
[ahora
que la tierra aún está fría y las paredes tibias,
es por eso que salgo descalzo a regar los semilleros de tierra
[negra,
El primer árbol que dio flores fue el espino y fue eso lo que
[escribí
esta tarde sobre el polvo de mi mano
con una rama.
Sé que es difícil no mentirse, no transigir,
es por eso que dirimo una disputa antigua
arrancando las mejores palabras que han brotado dentro de
[mí.

13.

Ninguna tarde he renunciado a hacerme cargo
de mis propias palabras, soy el único responsable de
[ellas,
el único que acierta a llamar las cosas por su nombre
y sé que me digo todo esto sin saber muy bien porqué,
sin esperar nada a cambio.
Largo es ese camino sin árboles que lleva hasta las montañas,

iré por él hasta que la tarde me borre con su luz,
iré despacio sin dar más pasos de los que sean necesarios.
Las manos se transparentan bajo el cielo.
Supongo que parece triste esta voz alargada y suave
y que el silencio no ha hecho mas que comenzar.
Los días de invierno insistieron de tal forma
que se diría que a este libro que abro ahora
le faltan algunas páginas.

14

Se fueron las grullas. Cojo mi pluma y flanqueo
las espadañas que empuñan las mil manos del aire.
Un tractor como un dinosaurio en la hondonada ...
Ahora es Marzo y todos mis versos son como afluentes se-
[cos.
Hay estrellas que no se ven hasta que no se llena el pozo
y árboles que no volverán a tener hojas.
Ensimismado en lo que despunta, un verso, una brizna de
[hierba,
digo que el miedo huele como una flor de humo.
Me amo, pero también os amo a vosotros.

GUSTAVO LUENGO RODRÍGUEZ

«AL-QSAR»

... y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.

Quijote, I, VI

El oprobio alcanzó la palabra:
la infame piedra dura sostuvo la barbarie
de los penúltimos guerreros de la estúpida fe
en un dios inepto. No es tal. No es divino
atributo la ineptitud.
Muerte lenta encontrara quien pronunció primero la palabra:
en árabe, el probable nómada politeísta del desierto;
en español, el áspero cristiano de la estepa.
A esos insólitos confines se extiende el rencor.
Los vencedores festejan exaltados su devastador triunfo;
aquí se canta la tristeza infinita de la derrota.
Medio siglo las letras fueron postergadas;
sólo se consintió el dogma: En el principio fue el Verbo,
y el Verbo trajo el fanatismo y el fanatismo la muerte.
Cervantes olvidó la quema de algún libro. Estas líneas son
[prescindibles.
Aún queda purificar palabra, muro y reflejos.

«LEYENDA»

El bello cuerpo desnudo saliendo del agua
(El río saliendo del río vestido en mujer).
La luna mantiene del rey la mirada
cautiva en la fuente de tal resplandor...
El tiempo interpone su tímido velo
entre un sutil baño y el siguiente,
y ya al rey parecen el mismo prolongado rito
de seducción eterna.
Una mujer se antepone a su reino
envuelto en afanes sucesorios ignorados:
el rey godo no decide; la decisión está tomada
por un furor antiguo que habita en él.
La luna del Islam traerá la poligamia
que el último rey godo inauguró
tras divisar apenas el exuberante perfil del Sur.
Esa tenue piel -se dice- la cobija un puente.

ROSA M^a DEL SAGRARIO ZABA PAREDES

QUISIERA TENER UN RÍO

Quisiera tener un río
que navegando por él
llevara a mi amor meciendo
y arrastrándome con él,
alcanzar un mar abierto
en el que posar mis pies.

AGUA

Cristalina cayendo el agua
con su tintura azul,
amor celestial manando
del inmortal amor,
amor convertido en fuegos,
fuegos conversos en sol,
sol que doraba los rizos
del inagotable amor.

AL ALBA

Dormid con dulce canto a mi amada,
que dulces sueños le traigan,
que si su amor, al alba despertara,
¡moriría de amor mi enamorada!.

Proteged con cálida brisa a mi amada,
que no amanezca a esta vida tan mundana
que si su amor, al alba despertara,
¡moriría de amor mi enamorada!.

Defended como acero a mi amada,
que duerma en paz para siempre enamorada,
que si su amor, al alba me entregara,
¡moriría de amor mi enamorada!.

CITLALLI H. XOCHITIOTZIN

Para Miltzin

Te escribió en el fluido de mi sangre,
en el diástole del fuego,
en la chispa primigenia.
Porque ahí,
cubierta de oro y flores
fundida en las estrellas
 en la memoria que se busca
 y en el milagro se recuerda.

Fuiste risa recuperada,
 lágrima abismal y dolor ronco,
visión de pájaro amarillo floreció tu rostro.
Ahí naciste,
 frágil, desnuda, inmensa;
 luz en la frente
halló ternura de perfume
ahí, te pronunció el silencio y cinceló
 tu destino, campos de girasoles.

(Tlaxcala, México).

JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO

LUNA INFANTIL

«La luna es un trocito de día que se ve»

(Carlitos, a los seis años)

Parece fácil recortar el cielo,
como una cartulina azul oscuro,
haciendo un agujero blanco y puro
que permita a la noche algún consuelo.

Pasar a través de él con fugaz vuelo,
sentarse al otro lado, bien seguro,
y esperar a que el día esté maduro,
y morder su sabor de caramelo.

Curva como melón, media manzana,
la luna, recortada en dulce nata,
deja pasar la luz de la mañana

a iluminar, con su pálida plata,
el zafiro nocturno en la ventana,
cuando la negra noche se desata.

PERSONA PEQUEÑA

A Miguel

Entra en la casa y suenan las alarmas:
se retuercen las formas del silencio,
se borran los perfiles del sosiego
y la calma se esconde en la tormenta.
Su voz es un estruendo inesperado,
aguda como el filo de una espada,
breve en su pequeñez, pero sonora,
como un repiqueteo sin medida.
Y aunque no exista un tema, siempre habla,
y aunque no tenga prisa, siempre corre,
y sube y baja y entra y sale y vuelve,
y provoca un escándalo su vida,
pequeña y cristalina, sin pasado,
y no tiene recursos la paciencia,
de pronto sumergida en la locura.
Pero es oscuro el tiempo si él no estorba,
se torna de alquitrán el horizonte
y no encuentras la puerta de salida
a tanta soledad como te invade.

ANA ISABEL RODRÍGUEZ ORTEGA

LA LLEGADA DE LA PRIMAVERA

A Carmen, Lucía y Álvaro

«¡Oh, el milagro del alma! Por tus ojos asoma»

(Alfonsina Storni)

Me lo dices con el color, con esta
pulida sinfonía y el aroma tan suave
de tus almendros floridos.

Me lo dices
con tus níveos cerezos que mezclan
su encendida blancura
con la pureza
de toda alma sencilla.

(Hoy lo veo en tus ojos).

¡Hoy renaces como lágrima eterna
en la alborada! ¡Renaces hoy
como el llanto de amor y de vida
que el rosal desprende
cuando le abraza,

cuando le está besando,
tímida, la aurora!

Me lo ha dicho la madre selva enamorada
que se enreda entre la espesura
de los muros del corazón
y va trepando hasta alcanzar
del sol su pulso dorado.

¡También tú, trémulo rocío,
y el cristal de tu luz en las brillantes
fuentes, la plenitud
de los viejos bosques, sombríos, rugosos
y sobre los verdes prados el húmedo frescor
de los primeros brotes!

¡Tú, primavera, siempre risueña
como gota azul al alba!

¡Tu grito es mi sangre que hierve ahora
(con más fervor y pasión que nunca)
tan cálida como el fuego,
como la brisa libre!
Mi sangre,

entre el ocaso malva del hielo
y el reverdecer profundo del alma.

¡Me lo estás diciendo tú, primavera,
a cada segundo, tú, con tu música
impasible al tiempo,
en medio de estos años que,
sin remedio,
fugaces, marchitan
cada fruto!

(Hoy lo he visto en tus ojos).

¡Y llegas tú, llena de suspiros...!
Primavera amarilla,
espejo color divino, amor.
¡Esencia natural que desnuda
al alma!

JUAN CARPA

A ISABEL, PÉRFIDA BRUJA

(LETRILLA SATÍRICA)

Que es una bruja Isabel
es fácil de conocer.

En un vaso plateado
me ha servido un agua clara,
perfumada y olorosa,
y fuertemente especiada:
yo, al beberla con deleite,
he sentido que volaba,
lo que me lleva a creer
que es una bruja Isabel.

Otro día vino a verme
y me trajo una manzana;
yo la comí confiado
y volé de rama en rama,
mientras ella se reía
con sonoras carcajadas.
Si es bruja o no esa mujer
es fácil de conocer.

Por la tarde, al tercer día,
con un beso me obsequiaba
y yo besé sin medida

su boca, fresca temprana:
al instante, por los aires,
fui volando, aunque sin alas.
Esto a mí me da a entender
que es una bruja Isabel.

Sin remedio me he encontrado
con Isabel en la cama,
y al palpar sus senos suaves
y tocar sus prietas nalgas,
poco a poco, muy despacio,
por los aires me elevaba:
que brujería ha de ser
es fácil de conocer.

Entre pócimas y besos
no hay remedio que me valga,
pues con mil encantamientos
me hace volar esta dama.
Por lo cual es evidente
y resulta cosa clara,
que es una bruja Isabel
muy fácil de conocer

JOAQUÍN COPEIRO

LA FIESTA DE SAN JUAN

A Jesús y Paloma con cariño

Lo del cumpleaños de su hija pequeña fue la gota que colmó el vaso.

Llegó a su casa alumbrado por las hogueras de San Juan y una hora después de haber echado el cierre. Pero no porque se hubiera entretenido haciendo la caja, preparando los pedidos o poniendo al día los libros de contabilidad, no; no llegó antes porque se había visto obligado a echar una horita en romper cajas de cartón, en doblar soportes de cartón, en amontonar carátulas de cartón. Llevaban un año insólitamente acartonado, excesivamente acartonado. Es verdad que al comienzo del otoño las editoriales suelen lanzar multitud de fascículos, que si de cursos de Francés o de Inglés o de Alemán, que si de cursos de pintura o diseño por ordenador, que si de guitarra o de piano; es verdad. Y es verdad que las entregas semanales o quincenales de todos esos cursos generan un considerable volumen de cartón, porque la

mayoría de los clientes les ruegan que les quiten los soportes, ¿podría dejar el cartón, por favor?, y ellos, atentos, corteses, pacientes, serviciales, asienten siempre, ¡faltaría más, señora!, y se tragan el del curso de dibujo, que es enorme, y el de aeromodelismo, que no veas, y el de la casita de muñecas, que para qué te voy a contar, y el de los soldaditos de plomo. Él o ella retiran los soportes, sonríen al cliente, le cobran y, acto seguido, lanzan el cartón por la escalera que da al sótano, que en una librería no hay nada como un buen sótano para que inexorable y descontroladamente se acumulen cartones y cartones, de igual manera que, en un piso, la existencia de trastero garantiza, con aplastante certeza, la multiplicación de achiperres, aunque, en este caso, el sótano estuviera pensado para que él, cuando pudiera, o sacando tiempo de donde no lo hay, se dedicara a poner orden en las facturas y en los pedidos; lanzan, pues, los cartones por la escalera, porque apenas alcanzan a hacer otra cosa entre envolver libros para regalo, fotocopiar carnés para oposiciones o desatascar la máquina del tabaco. Pero en los últimos nueve meses, desde comienzos del otoño, la cosa se había ido complicando hasta lo insufrible. En este tiempo las editoriales se habían dedicado a sacar los fascículos más variados: muchos de cine, que si de aventura, que si de terror, que si musical, que si policíaco, que si de películas españolas, que

si de las mejores comedias románticas: total, toda la historia del cine por delante y por detrás; otros de maquetas de barcos, de automóviles, o de mariposas; otros de armas, o de punto de cruz, o de sellos; otros de rock o de blues o de jazz, o de Félix Rodríguez de la Fuente, vídeo incluido. En fin, decenas de entregas semanales que ocasionaban una acumulación tal de cartones, que el sótano, en lugar de acogedora trastienda con apacible rincón de trabajo, estaba degenerando en menguante almacén de trapería. Pero eso no era todo, no, porque las editoriales, al mismo tiempo, publicaban libros y libros y libros que atiborraban las mesas de novedades y las estanterías, y que, sin opción esta vez de un *si me quedo* o un *no me quedo con el cartón*, dejaban legiones de cajas con igual destino que los soportes de los fascículos semanales: el sótano.

Por eso, aquel día, víspera de San Juan y cumpleaños de su hija pequeña, él no había podido por menos de afanarse, durante sesenta hermosos minutos, en romper cajas, plegarlas, clasificar las por tamaño, doblar soportes, clasificarlos también, y apilarlo todo para despejar el sótano en lo posible, que era poco, y conseguir así un lugar más apropiado para trabajar, que últimamente se sentía un tanto agobiado entre tanto cartón. Pero ese día, tras llegar cansado a casa, saludar a cuantos familiares y amigos asistieron a la

fiesta, casi tantos como cartones, válgame Dios, tirar unas fotos en el momento de apagar las velas, cuando lo del *cumpleaños feliz y amiguita, que Dios te bendiga*, despedir a los asistentes y recoger los regalos mientras la chica jugaba en el baño, la consciencia de un nuevo cataclismo lo instaló en el vértigo: no menos de una veintena de *Barbies* exhibían sus largas y rubias cabelleras desde todos los rincones de la habitación, enseñoreadas del armario, de la estantería para los juguetes, de la cómoda, de la mesa, del radiador de la calefacción, de la cama y hasta de la lámpara, y todas ellas, la *Barbie Primavera*, la *Barbie Sirenita*, la *Barbie Shelly*, la *Barbie Flores Mágicas*, la *Barbie Gimnasta* o la *Barbie Pocahonta*, emparejadas con un único *Ken*, un desgraciado y solitario *Ken* vestido de dandy y con cara de idiota, el cual, lejos de atemperarle la sensación de acogotamiento, no hacía sino acrecentársela aún más, pues el tal *Ken* se le antojaba una suerte de espejito mágico en el que veía reflejada la estolidez de su propia expresión, y entonces comenzó a sentirse como en medio de los cartones, sin aire, apesadumbrado y cada vez más hundido en una especie de banco de arenas movedizas que terminaría, si no lo remedia-
ba, por engullirlo enterito, comenzando por la cabeza.

Así que se calló; enmudeció, vamos. Cenó sin rechistar, acostó a la niña sin decir ni pío, negó con la cabeza a

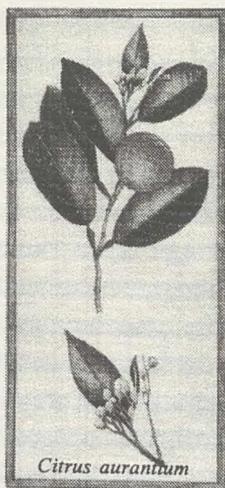
su mujer que se encontrara mal, que tuviera fiebre o le doliera la garganta, que estoy cansado, eso es todo, y se durmió, con la boca abierta frente al televisor. Pero cuando su mujer se acostó, la casa en silencio y él solo en el salón, despejado después de haberse transpuesto durante un par de horas, se incorporó, apagó el televisor, cogió papel y rotulador y esbozó no menos de cien carteles, en los que declaraba la guerra a los fantasmas y a los talismanes y convocaba al acto catár-

tico que tendría lugar al día siguiente, Dios mediante, a primeras horas de la mañana, en el patio principal de la urbanización. Luego, impelido por un algo misterioso que le hurtaba el sueño, pero también el desmayo, repartió los pasquines por debajo de las puertas de las viviendas de todos los vecinos. Pero cuando acabó el reparto, miró el reloj y no lo asustó el hecho de que las manecillas señalaran las dos de la madrugada; todo lo contrario: bajó al garaje, despejó cuanto pudo el espacio interior de su berlina y salió escapado hacia la librería, atravesando calles aún encendidas por las hogueras de San Juan. Allí, animado por la misma fuerza desconocida que lo dotaba de un dinamismo febril y enfermizo, atiborró el vehículo de cartones y cartones y cartones, y luego volvió a su casa. Sudando, descargó los cartones en mitad del patio, y lo hizo en silencio, respetando el sueño de los vecinos. Cuando terminó, realizó otro viaje con el mismo re-

sultado, y luego otro en el que se vio obligado a demostrar a la policía municipal que él era el propietario de la tienda y que a aquellas horas trabajaba lícitamente por la mejora de su negocio, y a continuación otro, y otro después.

A las siete y media de la mañana, ya bien amanecido el día, se fue a desayunar un buen tazón de café con leche y media docena de churros de los grandes, o sea, de cohombros. Fortalecido, entró en su casa de puntillas y, de puntillas para no despertar a su hija, ni a su mujer, fue metiendo en bolsas todas las *Barbies* que pudo encontrar, todas, y el *Ken* también, y abandonó la vivienda. Una vez en el patio, extrajo las muñecas de las bolsas y las encaramó a la pila de cartones, el *Ken* debajo de todas ellas, por inane y gilipollas. Finalmente, mechero en mano, gritando guerra a las *Barbies* y muera el *Ken*, prendió los cartones que, en pocos minutos, ardieron con una magia purificadora que lo complació hasta el éxtasis. El humo se fue tiñendo de negro, porque la carne de las muñecas no daba para menos, y, al cabo, la hoguera pareció perder fuelle, vivacidad. Entonces, las ventanas de las viviendas se fueron plagando de cabezas: algunas de las grandes lo tildaban de loco, las pequeñas lo miraban extrañadas o asustadas. Pero cuando semejantes apreciaciones arreciaban trocadas en gritos, insultos y amenazas, y a punto estaba la hoguera de exhalar un último suspiro, una

lluvia de *Barbies*, la *Barbie Princesa*, la *Barbie Submarina*, la *Barbie Mullan*, la *Barbie Ballet*, la *Barbie Esmeralda*, la *Barbie Bella* y, en fin, hasta la *Barbie Tocino*, lanzadas por manos iracundas, huesudas y velludas, se abatió sobre el patio y atizó de nuevo el fuego. Era la fiesta de San Juan, sin duda; a pesar de la fogata a destiempo, pero en modo alguno inoportuna, ¡vive Dios!



Citrus aurantium

**Pa
co
Mo
ra
ta**

APOCALIPSIS 6, 1-8

*«se
les
dio
poder
sobre
la
cuarta
parte
de
la
tierra,
para
matar
con
la
espada,
con
el
hambre,
con
la
peste
y
con
las
fieras
de
la
tierra»*



"Las fieras de la tierra"

J. Merat
79

1.- Las fieras de la tierra

«Oí al primero de los cuatro seres que decía con voz como de trueno: «Sal» Miré entonces y había un caballo blanco; el que lo montaba tenía un arco; se le dio una corona, y salió como vencedor para seguir venciendo»

He visto en el diario la foto de Chafiki, el hijo mayor de Mnía la partera e Ibráhim el sastre. El nieto de Yusuf, el viejo alfayate, que cruzó el estrecho a las órdenes del Caudillo y recorrió media España con una máquina de coser escondida en el fondo del macuto. Se la cambió a un paisano por la ración de tabaco, después que salieron de Guadalajara, y le ha servido desde entonces para ganarse la vida dando puntadas en un pequeño taller, en el zaguán de la casa; con la puerta abierta hacia naciente.

Una foto de pasaporte un poco antigua, con un arco de tinta cruzando la boca de Chafiki, que saltó el estrecho para estudiar medicina, becado por el gobierno de su país. Un chico listo, educado y guapo, que a nadie le quita el puesto de trabajo, ni representa una amenaza para esta sociedad nuestra, tan poco solidaria.

Chafiki que conoció a Irene en los bancos de clase, y

se enrolló con ella. Coincidían para desayunar en el bar de la facultad y, por fin, quedaron para salir un sábado por la noche. Ella eligió el sitio. Él estuvo de acuerdo. Se despidieron: «Hasta mañana a las siete, no tardes. Estaré como un clavo ¿se dice así?»

Chafiki salió del metro sin fijarse en los grafitos que anunciaban «zona nacional», «moros fuera», «España para los españoles». Quizás los vio, pero no hizo caso. No pensaba que le concernieran. Al fin y al cabo él había entrado de forma legal, con todos los papeles en regla. No trabajaba de peón de albañil, ni recogía lechugas, ni barría las calles, ni vendía droga. Él era un estudiante que trataba de integrarse en la llamada cultura occidental. Tenía dinero suficiente, amigos, casa, buena ropa...

Tuvo que esperar a Irene unos minutos. Llegó enseguida. Más guapa que nunca, más arreglada, con más maquillaje. Él también se había puesto sus mejores vaqueros, su camisa más blanca. De manga corta, en contra de su costumbre; porque Irene un día le había hecho notar que los moros siempre iban de manga larga, muy abotonados. Decía moros, pero no ofendía. Era sólo una forma de entenderse, y a él no le molestaba.

-Es una costumbre de los hombres del desierto - explicó; tal vez la vacilaba- Ellos saben que lo que quita el frío también quita el calor.

Pasaron delante de un garito, rozándose los hombros para cruzar sin separarse entre la gente; aún no se cogían de la mano. Quizás después de aquella noche.

Un grupo de rapados los miraba con descaro. Chafiki e Irene no les prestaban atención. Disfrutaban la emoción de la primera cita.

-Aquí no se viene con esa mierda, tía- les gritaron

He visto también la foto de Lalo, el hijo de Almudena y de Julián, que tienen un estanco en Estrecho; herencia del abuelo Gonzalo, mutilado de guerra y jubilado, a quien salvó la vida en los cerros de Guadalajara un moro de regulares, que lo arrastró a sus espaldas más de un kilómetro, sangrando los dos por la metralla de una misma granada, hasta que

podieron hacerse cargo de él los sanitarios en la retaguardia.

Una foto de estudio, retocada, bastante antigua; la última que le hicieron antes de que se afeitase la cabeza. Tan guapo, con su Lacoste celeste y su pelito bien cortado. Con cara de no romper nunca un plato. Lalo, al que no le van bien los estudios y se junta con muy malas compañías -dice su madre. También dice que no es mal chico, pero se deja influir por los amigos. Lalo, que se rapa la cabeza y usa botas con la punta de hierro y bragas militares para taparse la cara.

Había quedado con su basca - ¡oi, oi, oi !- en un bareto de la zona nacional que tienen tomado -reservado el derecho de admisión. Un pastiche de arquitectura gótica, una catedral de tramoya, donde se escucha a Decibelios y Four Skins, y cuelgan del techo banderas rojinegras con enormes svásticas.

Aquí no se viene con esa mierda, tía - gritaron

La imagen engañosa de Lalo, al que acusan de haber dado a Chafiki la primera patada, la que le hizo perder el equilibrio, y también la última, en la cabeza, la que le hizo perder la vida. De Lalo, el descerebrado cerdo racista por cuya culpa volvieron a reunirse el abuelo Gonzalo, ex-com-

batiente y jubilado y Yusuf, el viejo sastre de Tetuán que le salvó la vida, que lo arrastró más de un kilómetro, sangrando los dos por la metralla de una misma granada.

Dejadme en paz - imploraba Chafiki desde el suelo.

Por tu vida, Yusuf, no me dejes morir - rogaba el abuelo Gonzalo, a hombros de un moro de regulares, por los cerros de Guadalajara.

2.- La guerra

« Vi al segundo ser que decía -«Sal» Entonces salió otro caballo, rojo; al que lo montaba se le concedió quitar de la tierra la paz para que se degollaran unos a otros; se le dio una espada grande»

Luba ha salido a pastorear los rebaños del poblado. Tiene suerte: atrás ha quedado lo más crudo del invierno, aun que el aire del amanecer no le permita olvidarse por completo de los fríos. Hoy no le toca escuela. Sus compañeros estarán probablemente cantando el alfabeto o escuchando la voz del maestro, que a veces adormece.

Pero Luba no ha venido. Falta mucho. Tiene que trabajar. La madre muele el mijo, busca el agua, amasa y cuece el pan, mantiene el fuego, cría a los pequeños.

El padre ara la tierra, caza, conserva las paredes y el tejado de la casa -un hogar circular y reducido en el que mezcla barro, tablas y palmitos. Construye con sus manos instrumentos y zapatos: sandalias y botas con suela de madera y pieles de animales o desechos -La goma de un camión reventada en la cuneta es un tesoro.

Las hermanas mayores se dieron en matrimonio.

Luba es el pastor, a medias con su hermano y el hijo de Nagor. Así que falta a menudo. Pero sabe muchas cosas que su padre, y el padre de su padre, nunca supieron: las letras, escribir su nombre, cuántas cabras le quedan si el león se lleva cuatro; sin tener que contarlas; y nombres de países que sueña conocer un día. Países con casas de cemento, donde los niños, saciados, tiran la comida en el patio de la escuela y, cuando enferman, van al médico.

Se ha sentado Luba al pie de un sicomoro. El viento está en calma, y no molesta la arena, no golpea contra el

rostro. Va descalzo, sostiene su cayado con los dos primeros dedos del pie derecho y lo apoya sobre el cuello. En la mano izquierda guarda un puñado de guijarros; con la otra, a ratos dibuja en el suelo, a ratos se interrumpe y ordena algo a los perros o lanza una piedra hacia el rebaño.

Más allá de la colina, ve cómo se alza una columna de humo denso hacia las nubes. El niño piensa que alguien ha muerto en la aldea vecina y sus paisanos danzan y cantan alrededor de la pira con el fin de propiciarse la benevolencia del espíritu. Él mismo se recoge y llama a su lado la bendición del alma peregrina.

El humo crece y aumenta el ruido. Gritos, estallidos y disparos se entremezclan en una barahúnda que se acerca hasta Luba: una patrulla de jóvenes algo mayores que él, hijos de los hombres que siempre han habitado en paz el valle más cercano. Gentes buenas que invocan a otro dios y cubren su cabeza con un tocado diferente.

Llevan armas de fuego, machetes, antorchas, y el rostro alterado por una expresión que Luba no comprende. Son los mismos muchachos con los que a veces coincide en la camioneta, camino de la capital de la provincia. Los que le

ofrecen dátiles y beben de su cantimplora de calabaza seca. Los que saben los mismos cantos, en la misma lengua, aunque adoren a otro dios y cubran su cabeza con un tocado diferente. Pero hoy no le saludan, no le hablan. Dispersan sus ovejas y le insultan. No tiene tiempo de iniciar una protesta. Un soldado, al que recuerda haber visto un día reparando un pinchazo de la bicicleta, al lado de la casa del herrero, le ha puesto una bota sobre el pecho y de un sólo golpe de cuchillo le ha abierto la garganta.

Luba yace en el suelo agonizante. La jauría borracha de ardor guerrero y odio avanza hacia la aldea. Allí la madre lava las tripas de un cordero; el padre teje una lía de esparto; una hermana amamanta al menor de sus hijos; se respira el humo del caldo en los pucheros.

Antes de que la destrucción y el fuego los alcance, la luz en los ojos del pastor se habrá apagado.

3. El hambre

«Oí al tercer ser que decía: «Sal» Miré entonces y había un caballo negro; el que lo montaba tenía en la mano una balanza, y oí como una voz en medio de los cuatro seres que decía: Un litro de trigo por un denario, tres litros de cebada por un denario. Pero no causes daño al aceite y al vino»



Un hombre de gran corpulencia, barbado y escaso de pelo, a quien llaman en el clan Horn, el poderoso, ha extendido sus pieles de cabra en el umbral de la caverna. Busca un poco de alivio para su cuerpo castigado por meses eternos de andar a la caza de una presa inexistente. Ha perdido las uñas, las yemas de los dedos, escarbando la tierra en busca de bulbos o gusanos.

Son ya siete los años que dura la sequía. Han desaparecido las plantas, los animales han regado de huesos calcinados, de resecos pellejos polvorientos lo que antes fueran huertos, bosques, sotos de fresca umbría junto al río. Apenas quedan larvas, arañas, lombrices en los huecos más profundos, donde aún perdura un recuerdo de humedad bajo la tierra, en el lecho por donde, no hace mucho, corriera un caudal de agua tranquila, bajo un puente de troncos y cordeles. Disputa Horn su vida a los reptiles, tratando de encontrar remedio al hambre.

La noche es hermosa: Un aura de frío y silencio hace mayor la luna llena y una manta de hielo recubre la tierra. El hombre, recogido su cuerpo en la actitud de quien se ha sometido al vencedor, lame el suelo, besa la escarcha en un afán sin premio de saciar su sed.

De la caverna sale un murmullo familiar. Reconoce las voces inarticuladas de sus hijos más pequeños. Los sabe tratando de rebañar algún alimento de los pechos secos de la esposa. Hasta que uno de ellos, involuntariamente, defendiendo quizás su espacio junto a la piel que da la vida, muerde el vientre de la hermana, que trata de apartarlo del cuerpo muerto de la madre. Descubre el sabor salvaje de la sangre. Y ya no suelta la presa. Se lleva un bocado de carne caliente. Los hermanos, excitados por el olor de las vísceras abiertas, atacan el cuerpo herido, a dentelladas.

Los gritos de agonía rescatan a Horn de su letargo. Da empellones, patadas, grita, intenta en vano separarlos. Ciego de cólera golpea, revienta, con su maza de piedra, las cabezas de los niños una a una.

Aullando frenético huye hacia el curso enjuto del río, donde sólo los cuerpos de las víboras forman olas. Se ofrece a su veneno, aplastado boca abajo contra los guijarros. Hay un múltiple reptar precipitado, los estertores del hombre, y vuelve rápido el silencio.

Amanece. Un manto de nubes impide la salida del sol. La lluvia se hace cada vez más intensa. Las primeras aguas

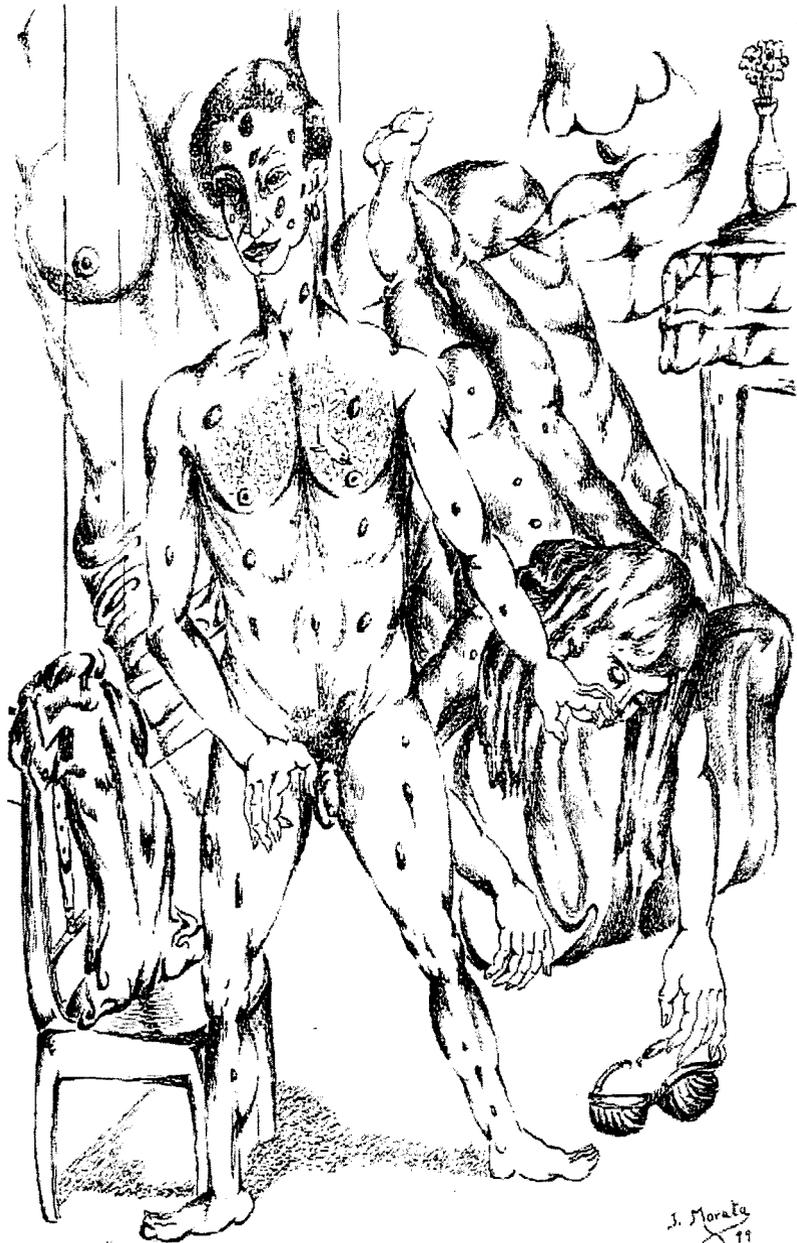
que corren por el río encuentran un cadáver, todavía flexible, de cuya boca escapa una serpiente.

4. La peste

'Oí la voz del cuarto ser que decía: «Sal»
Miré entonces y había un caballo verduoso; el que
lo montaba se llamaba Peste y el Hades le seguía.»

Una mujer rubia con un zarcillo en la nariz -no seas antiguo, no se dice zarcillo, sino piercing- se mira desnuda en el espejo. Es rubia natural, lo acredita el vello de su pubis, aunque no es definitivo. El vello del pubis también puede teñirse.

Es rubia natural, pero se ha dado algunas mechas, o reflejos, que aclaran aún más algunas zonas de su cabeza -todas exteriores; por dentro está totalmente confusa: Dos franjas que caen despeinadas a ambos lados de su frente. Por detrás -por delante de ella en el espejo- puede verse el bulto de un hombre aún dormido-, desnudo también, tumbado boca



"La peste"

J. Morato
79

abajo. ¿De cúbito supino o prono? Nunca lo tendrás claro.

La llamábamos Luz cuando aún vivía, cuando aún frecuentábamos el desorden de su cama, cuando aún los estragos del virus no se habían hecho patentes y amábamos su piel, el calor de sus formas, los humores de su cuerpo.

No tenía una moneda de veinte duros para el carro, en el supermercado. Cien pesetas sí las tenía, pero sueltas, en duros. Los guardaba para el teléfono. Ella acababa de dejar el suyo. Me acerqué y le pedí: Oye, por favor, ¿me cambias para el carro? Que sí, que ningún problema, toma. Cogí el dinero que ella me tendía. Al darle mi puñadito de calderilla, se me cayeron de las manos. Rodaron sembrando a nuestro alrededor el suelo del aparcamiento. A la muchacha le hizo gracia que fuese tan patoso y se agachó para ayudarme a recogerlas. A mí también me hizo mucha gracia. Me azaré y con los nervios se me soltó la risa floja. Me habían gustado sus ojos mientras hablábamos. Ahora me gustaba la visión que tenía ante los míos: El relampagueo fugaz de dos cuartos de luna, blancos como el culo de un bebé, viviendo más allá del botón perdido de su escote.

- Toma -la mano y las monedas, todo a la vez -. Soy
Luz

- Gracias. Pablo. Encantado. ¿Hace un cafelito?

Un hombre moreno con un pequeño tatuaje sobre el pecho: Un delfín que salta hacia una pelota -su tetilla izquierda -, se afeita desnudo delante del espejo. También es moreno natural. La misma prueba. Pero no tiene nada claro en la cabeza. Ni dentro ni fuera. Todo es confusión. Se seca, con pellizcos de papel higiénico, un humor de su cuerpo que no sabe si sigue siendo inocuo: La sangre de un corte. La misma que le extrajeran hace unos días en el hospital.

-Ha muerto Luz, de Sida- me dijeron. Desde entonces no he parado de temblar. Me estoy vistiendo para ir a recoger los resultados. Paloma también. Pero no iremos juntos. Ya no vive conmigo. Tuve que decírselo y me ha dejado.

-Gilipollas- fueron sus últimas palabras -Por lo menos te podías haber puesto una goma.

BENJAMÍN PULIDO NAVAS

ACTITUDES

Hola Carmen:
La verdad es que nunca fuimos muy amigas que digamos. Conocidas sería una palabra más exacta.

Te extrañará recibir una carta mía después de tanto tiempo. Si he de serte sincera, podría haberme dirigido a cualquiera de los conocidos que tengo anotados, pero tú has sido la primera que he visto en la agenda; será porque te apellidas Álvarez y no Pérez o Zaragoza. En cualquier caso, y aunque tu no seas la responsable, gracias por aparecer tan diligentemente.

Esta carta es una confesión, es la narración de mi historia más oculta. Lo más natural sería contársela a mi ser más querido o al que mayor grado de confianza me transmitiese. Eso sería lo prudente, pero estoy muy cansada de ser modelo de prudencia, del cuidado, de la discreción, y en estos instantes únicamente tengo ganas de contarle a alguien que no sea nadie para mí todo lo que ha ocurrido, todo lo que he sentido, todo lo que he amado. Podría haberme puesto a hablar con cualquiera en el autobús, o en un banco del parque, como Forrest Gump, pero he preferido escribir a al-

guien porque me expreso mejor de esta forma. Te ha tocado aguantarme, por lo tanto siéntate cómodamente y lee. Quizás algún día podremos hablar largo y tendido sobre el tema si te apetece.

Yo fui la primera en incorporarme a la oficina donde actualmente trabajo (sabes dónde es, ¿verdad?, pues ven a verme alguna tarde). Por esto mismo el jefe me encargó supervisar el trabajo de los albañiles, de los pintores, recibir a los obreros que trajeron las mesas, los archivadores, los armarios etc. También fui la primera en dar la bienvenida a mis compañeros. Todos éramos nuevos, todos veníamos del paro, todos teníamos ilusiones.

La gestoría se inauguró el 15 de Marzo de 1981; siempre recordaré esa fecha por dos detalles:

A- El jefe nos invitó a comer a todos los empleados, cosa que no ha vuelto a hacer desde entonces.

B- Por la tarde llegó Félix, uno de los gerentes y el último en entrar en la empresa. Se quedó sin comida.

En total, el personal de la empresa estaba compuesto por cinco administrativos, dos gerentes y el director. Los gerentes eran algo mayores que todos nosotros; por aquel entonces ninguno sobrepasaba los cinco lustros.

Manoli tenía su mesa junto a la entrada. En invierno siempre se quejaba del frío que se colaba en la oficina a tra-

vés de la puerta cuando alguien la abría. Era meticulosa y ordenada como un mayordomo inglés, quizás por eso era la responsable de los archivos y se enfadaba mucho cuando alguien tomaba cualquier expediente y lo devolvía saltándose el orden alfabético o el que ella hubiera establecido.

Martín se encargaba de los libros, y a diferencia de Manoli, era un completo desastre en lo que se refiere al orden. Por supuesto sus cuentas y anotaciones estaban al día y jamás fallaba calculando cifras; era en el aspecto formal, en la imagen de sus cerros de papeles revueltos, en donde se materializaba el desastre. No obstante él sabía en qué lugar de su caos particular estaba tal fotocopia o cual documento.

Paquita, la «baby» del grupo, era la que más cuidaba su aspecto exterior. Tenía la mesa en la antesala del despacho del director porque era su secretaria. Mil y un cotilleo sobrevolaron los techos de la oficina referidos a los posibles devaneos del jefe con Paquita, pero, después de quince años trabajando juntos, sé a ciencia cierta que todo eran críticas gratuitas cuyo origen tenía más que ver con que era la que menos trabajaba cobrando lo mismo que el resto de nosotros.

Alfredo se ocupaba de las nóminas. Cuando empezó a introducirse la informática en nuestras vidas, él fue el encargado de instalar los ordenadores, de conectarlos en red, de

enseñarnos los rudimentos de cualquier programa. Solucionaba la mayor parte de los problemas que nos daban aquellos cacharros. Le gustaban las teclas y se sentía fundamental en la oficina; nosotros, con cierta actitud condescendiente, nos mostrábamos totalmente dependientes de sus conocimientos.

Yo soy especialista en seguros, y a eso me he dedicado durante años. De todas formas, al cabo del tiempo todos terminamos haciendo el trabajo de todos: declaraciones de renta, facturas, pólizas, nóminas, etc. Formábamos un gran equipo y el jefe nos dejaba trabajar con cierta libertad, sin dejar nunca en un aparte la condición recia de superior frente a los subordinados.

En cuanto a los gerentes, el más serio se llamaba Raúl, de unos treinta años. Era el que trabajaba más directamente con el jefe. El otro, Félix, coordinaba el trabajo de todos nosotros. Cada uno de ellos conformaba un tramo del puente que unía los dos extremos laborales: el jefe y los empleados.

Pero es de Félix de quién quiero hablar, Carmen. A Félix dedico y por Félix escribo estas líneas, que han sido emanadas lentamente por la pasión y el amor mudo. Tras quince años de estupidez supina, de sufrimiento lento, de brasas escondidas bajo la ceniza, creo que merecemos dejar en algún sitio constancia de todo lo que ha ocurrido en este

lapso de tiempo, y ninguno mejor que tu memoria y entendimiento.

Soy inmune a los envites de San Valentín. No suelo caer súbitamente y a primera vista en los agujeros que el amor excava en nuestro camino. Prefiero, en cambio, dejarme mecer lentamente por los detalles pequeños, conquistar por el acento de una voz, por las reacciones ante la cotidianeidad de la vida. Así fue como poco a poco me enamoré de Félix. Desgraciadamente nunca aprecié que correspondiera, quizá porque nunca le di muestra de mi debilidad ante su persona.

Félix es, quiero decir, era moreno de pelo lacio. Su gran altura no armonizaba con el tamaño de sus manos, muy pequeñas y tendentes a remarcar venas y tendones cuando las apretaba. Sin embargo poseía una cara amplia donde sus ojos grandes y vivos remarcaban la intensidad verde de unas pupilas brillantes. Tenía un cuerpo atlético y fibroso pues jugaba al fútbol todas las semanas y carecía de vicios. Vestía muy bien, con ropa de marca excesivamente cara. Aunque el cargo se lo imponía, lo cierto es que ni el mismo jefe iba tan bien puesto como él. Cuidaba hasta el más mínimo detalle; nunca llevaba el traje arrugado, jamás se le vio lamparón alguno en la camisa, el nudo de su corbata era un alarde de habilidad. Perfecto a simple vista.

Mis compañeras se derretían por él, y lo anunciaban

sin tapujos a los cuatro vientos. Las más descaradas le decían entre risas, medio en serio, medio en broma, lo bueno que estaba y lo mucho que deseaban hacerle un favor. Él se reía y pasaba de ellas. Yo las recriminaba, las censuraba y ponía la corrección y el decoro de mi impoluta imagen como ejemplo y escudo de lo que en realidad eran unos celos contenidos que habrían podido acabar con ellas de un soplo fulminante.

Si aún recuerdas algo de mi forma de ser, sabrás que era muy prudente. Bueno, pues sigo siéndolo, y puedo asegurarte de forma absoluta que jamás nadie se dio cuenta de mi enfermiza debilidad, pues no dejo escapar ningún detalle al azar o a la malversación de mentes obtusas.

Félix se reunía con nosotros una vez por semana y conmigo casi todos los días para tratar temas de seguros. Créeme cuando te digo que debía hacer verdaderos esfuerzos interiores para no agarrarlo de la mano y confesarlo todo. Él, por su parte, se mostraba cercano, grato, pero siempre correcto e intachable. Jamás dejó escapar una mirada lasciva, un comentario mínimamente ambiguo que me diera a entender algo. Poco a poco mi autocontrol fue total, de tal forma que adopté una actitud relativamente fría que he mantenido a lo largo de los años, y para dar más credibilidad a la pose, la extendí a todo el personal de la gestoría, por lo cual

me gané el apelativo de «La seca»; los compañeros me lo recordaban entre risas de vez en cuando. «Seca, que eres más seria que un cabo chusquero».

Me casé en 1993 con Carlos, mi novio de toda la vida. No recuerdo si lo conoces. Yo le quería y le sigo queriendo mucho. Ni él ni nadie conocía mi infidelidad de pensamiento, por lo que nuestra boda y convivencia eran ideales gracias, en gran medida, a mi férreo autocontrol. A lo largo de mi vida nuestros amigos, fogueados la mayoría de ellos en fracasos amorosos y matrimoniales, confesaban tristes que envidiaban sanamente nuestra más que estable situación. La verdad es que amaba y amo a mi marido, y me consta que él siente devoción por mí pues jamás ha dejado de demostrármelo. Quizá por eso me sentía más culpable aún.

¿Por qué el corazón no puede darse exclusivamente a un solo propietario?. ¿Por qué tenía que amar a otra persona si yo amaba y era correspondida suficientemente?. ¿Qué extraño mecanismo dirige la absurda mezcla instintivo-racional-química que nos llena unas veces de alegría, otras de tristeza y siempre de confusión?. En momentos de flaqueza creía perecer ante la posibilidad de mandarlo todo a la mierda, poner las cartas sobre la mesa a mi marido y esperar a ver qué me deparaba el futuro. Nunca fui capaz porque en verdad amaba a Carlos, al menos lo suficiente como para supe-

ditar lo que sentía por él a mis apetencias. Esta circunstancia y la boda de Félix sirvieron de atenuante a mis arrebatos de sinceridad.

Félix se casó dos años después. Había conocido a su chica en una fiesta del colegio de abogados. Se llamaba Inés y era insultantemente guapa. Todos los compañeros masculinos de la oficina lo jalearon por su conquista durante mucho tiempo. Hasta el jefe, muy solemnemente, le dio la enhorabuena.

Algunas veces Carlos y yo nos los encontrábamos los sábados en nuestro bar de costumbre. Resultó que mi marido conocía a Inés de los tiempos de la facultad, por lo que la relación entre las dos parejas se intensificó. En la mesa compartida, ante el café y las copas, yo me mostraba seria, tensa y monosilábica. Carlos, en casa, recriminaba mi actitud que era ciertamente antipática, casi de enfado, y la cambié porque soy muy obediente; no obstante supongo que podrás comprender la situación, mi estado de ánimo y las correspondientes dificultades para mostrarme «natural»: sentada junto a mi marido, frente a mi otro amado, frente a la que lo amaba y sería su esposa, Inés, una Inés preciosa, inteligente, simpática, digna de Félix, que me pisoteaba con su presencia arrolladora sin ella saberlo. Aún así y como tengo el carácter completamente domado, conseguí agradar a mi marido,

minarme el alma y dejar mis sentimientos hechos unos zorros. Desde entonces fui muy agradable con la nueva pareja.

Empezamos a salir los cuatro juntos, venían a comer a casa habitualmente y asistimos como testigos de su boda. Todo este entramado sólo tenía una parte buena: en algunos lapsos de tiempo infinitos, podía ver a Félix sin que él me viera, y todo lo que había a su alrededor desaparecía, mostrándose ante mí como flotando en un mar de éter, como levitando para que yo y solamente yo lo viera. Es asombrosa la capacidad de adaptación que tiene la voluntad humana, y los efectos secundarios que conlleva forzarla. Con el tiempo, bálsamo universal contra el fracaso, mi amor hacia Félix fue declinando. Me autoconvencí, cosa que hago muy bien, de que no podía ser y los años fueron, uno a uno, dándome la razón, quizá como a los tontos: fui madre un par de veces, Carlos echó papada, Félix engordó y se quedó calvo, Inés descuidó su aspecto tras dar a luz a su único hijo y nunca volvió a estar deslumbrante. Media oficina se casó, algunos con el fracaso matrimonial, excepto Martín, que permaneció soltero el muy zorro. Y yo, Carmen, yo tenía mejor aspecto exterior que por dentro. La resignación conforme enlosó el camino de mi vida, mas no todo fue monotonía y rutina; lo inesperado siempre aguarda detrás de cualquier esquina.

El mes pasado se realizaron unas jornadas de reciclaje

en Salamanca organizadas por la patronal. Fuimos casi toda la oficina, pues era fin de semana. La mayoría iba con el objetivo de ligar, a olvidarse de la casa y del cónyuge o de los problemas cotidianos. Yo fui a trabajar, a ponerme al día, y eso hice exactamente.

Por la noche todos salimos rumbo a los excesos que inducen las situaciones fuera de lo corriente. Cenamos, bailamos y a las tres de la madrugada, más o menos, todos hablaban de volverse para el hotel. Martín, que estaba tanteando con Paquita, nos llamó carcamales retándonos a ir a una discoteca muy ruidosa que él conocía. Algunos aceptamos tal desafío y le seguimos. Al entrar, todos nos perdimos entre el maremagnum que bullía bajo los kilos y kilos de decibelios musicales que caían sobre nuestras cabezas. Yo me quedé junto a Félix, el cual me cubrió los hombros con su brazo como para protegerme de los empellones. En ese instante millares de sensaciones, olvidadas en los filtros de la memoria, reaparecieron como látigos de placer que sacudían cada centímetro de mi cuerpo; ¿has sentido esto alguna vez, Carmen?. Yo correspondí alargando mi brazo hacia su cintura, de una forma indiferente, ligera, aséptica, como un acto reflejo.

Mirando hacia el horizonte de luces estroboscópicas y ruido de humo, Félix dijo:

-Tía, esto es insufrible. ¿Por qué no nos vamos a tomar una copa a otro sitio más tranquilo?. Ya no tengo el cuerpo para aguantar estudiantes.

Yo le dije que sí. El resto del grupo se dejaba pisotear al lado de la barra. Cuando nos íbamos, Martín besaba apasionadamente a una Paquita abandonada en los brazos del genio del caos y el desorden que, por una noche, se había transformado en el Neptuno de aquel particular océano de gente.

Félix y yo caminamos sobre un colchón empedrado relleno de siglos. Aún su brazo me protegía de ningún peligro. Hablábamos entre risas de la recién formada pareja, del trabajo, de anécdotas del pasado. Nos sentíamos contentos de haber escapado de aquel infierno. Llegamos a un bar cuyas mesas eran de mármol. Tenía sofás de terciopelo rojo de pésimo gusto. Allí nos sentamos, pedimos un par de copas y continuamos charlando, muy juntos el uno del otro. Disimuladamente fue tomando mi mano, al tiempo que iba reflexionando sobre la vida, sobre sus fracasados anhelos, sobre la rutina y el tiempo, que se nos iba echando encima sin remedio. Yo intervine muy poco en la conversación. Tan sólo le miraba y asentía, sentía como todo lo que siempre había deseado lo tenía justo a mi lado ahora que había terminado por no necesitarlo. Al cabo de un rato y de dos whiskys me

confesó que yo siempre le había gustado, que muchas veces intentó acercarse a mí pero nunca se atrevió a sincerarse porque me veía muy unida a mi marido, muy seria, muy decente. ¿Decente? ¿Qué te parece?. Tal adjetivo retumbó en el interior de mi cabeza como un gong gigantesco. Toda la vida ocultando mis sentimientos, mostrándome al mundo como una mujer recta por respeto a mi marido y a Inés, y resulta que la única palabra para definir mi actitud es la de decente. ¿Y él?, ¿no era él también decente?, ¿no éramos ambos un par de idiotas que preferían ser antes mudos que sinceros?.

En tales pensamientos me encontraba cuando sorprendí a Félix mirándome, como esperando una respuesta, una confirmación, una complicidad, un «Sí, Félix, yo también siempre te quise pero nunca tuve valor para hablar». Y en esa porción de tiempo, enfadada con el mundo, con él y conmigo misma, decidí no confesar nada, guardar para mis entrañas metálicas tal fracaso, tal decepción. ¿Qué podíamos hacer ya, si todo estaba perdido?.

Ignoro si Félix sólo deseaba confesar o quería proponerme algo. De lo que estoy completamente segura es de que no mentía ni utilizaba estas palabras como ardid para, simplemente, ligar conmigo ese fin de semana. En cualquier caso yo me quedé callada, mirando el vaso que sostenía y el anillo de su mano, que acariciaba la mía como yo antaño deseaba

que lo hubiera hecho. No era momento para echar las culpas a mi sempiterna actitud prudente o a su falta de valentía para descubrir mitigados sentimientos. Supongo que si a lo largo de todo ese tiempo nunca nos decidimos fue porque, en el fondo, ninguno de los dos lo quisimos suficientemente. No sé. Félix, abrumado por el silencio que salía de mi boca, me pidió que lo besara y lo hice, y concentré las pocas ganas que tenía de él, las que me quedaban como rescoldo tras todos estos años, en un beso que, creo, jamás podré volver a dar.

A la mañana siguiente salí de su habitación, pero antes de hacerlo besé su pecho que empezaba a poblarse de pelitos blancos. No fue una noche fantástica; la verdad es que mi marido es mejor amante. Tras dormir con Félix me sentía bien, liberada de un mito que se había materializado exclusivamente para mí. Sé que no es lógico, pero así fue; aquella mañana revivió en mí la sensación de tranquilidad como hacía mucho, mucho tiempo que no experimentaba. Tomé una ducha en mi habitación y me tumbé desnuda sobre la cama, mirando al techo.

Y ahí va la reflexión, Carmen, quizá te sirva de algo. La vida nos propone varios destinos, varias puertas a nuestra elección, y por diversos motivos escogemos una u otra, u otra... Pasado el tiempo no es trascendental el camino hecho,

lo que verdaderamente importa es que cualquiera de las opciones que hubiésemos podido elegir, tendría su parte amarga, seguro. La naturaleza humana es avariciosa y lo que nos pudre, lo que nos corroe por dentro es que todos los hombres y mujeres del planeta deseamos, sin poder, franquear todas las puertas, andar todos los caminos, besar todos los labios, elegir todos los destinos que se plantan ante nuestras narices y vivir cada uno de ellos intensamente. Evidentemente esta explicación no restaña las heridas producidas por la gran mentira tácita que ha cubierto nuestra mente durante todos estos años, pero de alguna manera ayuda a consolar el intelecto, aunque no el corazón.

Volviendo para casa, el sol del atardecer se ocultaba tras unas montañas grises cercanas a Ávila. Pensé en lo mala que es la penumbra y las sombras que esconden los contornos ciertos de las cosas. Fue entonces cuando decidí contar, contarte, todo lo que ha pasado por el asfalto de mi corazón y mente durante estos quince años.

No sabes cómo agradezco tu atención, Carmen, y, quién sabe, a lo mejor después de ésta carta podemos pasar de ser simples conocidas a considerarnos amigas.

JESÚS PINO

OCHO HIERBECILLAS DE TIERRA SACRA, MÁS UNA DEPREDACIÓN Y UNA CHAMARASCA

Calígula Somán nació con mucha mala leche en las meninges del instinto y pasó toda su vida cultivándola con tal esmero y complacencia que, cuando los albañiles cerraron el nicho con él adentro, sus convecinos respiraron hondo y durmieron, desde aquella tarde, plácida y sosegadamente.

-¡Qué mala leche tenía el Calígula!

-Ya ve usted. Pero no hay mal que cien años dure.

-¡Gracias a Dios!

Saturnino, *el piojo*, nació pequeñito-pequeñito y no varió gran cosa de tamaño mientras vivió. De niño fue casi normal pero en la adolescencia todos comprobaron que no, que iba para criaturita, cosa que quedó completamente confirmada al llegarle la juventud. Cuando le bajaron al hoyo, se murmuraba que qué barbaridad, que en aquella caja tan grande iba como un guisante en boca de vieja desdentada.

-Porque era pequeñín Saturnino.

- Enano, buena mujer. Saturnino era un enano enano.
- Todo tiene cabida en las viñas del Señor.

D. Hermes Crasido nació para esposo fiel y paciente de D^a Brava Téspeto, vocación que ejercitó durante cuarenta y seis años, tres meses, seis días, catorce horas y algunos minutos, con exquisita dignidad, afable sonrisa y elegante discernimiento. Cuando enterraron a su mujer ni parpadeó. A su compañero de celda, aquella inmovilidad de los párpados le sobrecogió de admiración, pareciéndole una fina y considerada muestra de respeto.

- ¡Pero hombre de Dios; a sus ochenta y seis años...!
- Ya ve usted, señor comisario, todo tiene un límite.
- Visto así no le falta a usted razón.

Honorio Ancho y Sergio Matrizo nacieron simultáneamente por capricho del azar y simultáneamente murieron por efectos, respectivos, de la picadura de un alacrán en el testículo derecho y la coza de un caballo en el testículo izquierdo. Ambos sufrieron dolorosas agonías con sendos cojones inflamados y a la semanita quedaron tiesos en el mismo instante. Como no eran parientes ni de cerca ni de lejos les enterraron en sepulturas separadas.

- ¡Qué coincidencias tiene la vida!

-Pues, sí; si exceptuamos la asimetría testicular...

-Tampoco hay que ser tan puntilloso...

Yasmina Colleto nació una noche de tormenta y fue mujer dulce, hogareña y mansa. Murió un día de Mayo que lucía cielo despejado y azul, circunstancia que aprovechó el párroco para entonar una brillante y abarrocada glosa de las católicas cualidades de la difunta. Los concurrentes no aplaudieron al final, pero de los llantos, el cura coligió, que aquel discurso sí había llegado al corazón de sus feligreses.

-Es que la verdad es la verdad.

-Razón que le sobra.

-Y bien dicha la verdad es más verdad aun.

Oclunio Pozas vino al mundo vacío de mente y se fue de él sin haber absorbido ni una gota de conocimiento que aliviara la sequedad de su desierto caletre. Oclunio Pozas fue falto absoluto y vivió en esa virginal miseria de intelecto que hace a las criaturas inocentes y exentas del servicio a la patria. A Oclunio Pozas se le comieron las bestias del monte y no hubo que enterrarle.

-Pobrecito. Nunca hizo mal a nadie.

-Así es la vida, señora mía.

-¡Un valle de lágrimas!

Sarga Perellón nació -secretos de la Naturaleza- desvirgada y viciosa, y anduvo, por este valle de lágrimas, fornicando a diestro y siniestro. Cuando quedó sepulta bajo la losa de mármol en el panteón familiar, las mujeres del pueblo sintieron que sus carnes se remozaban y que una justicia-restitución conyugal se columbraba tras del atardecer.

-Pero no es igual, ¿verdad, usted?

-¡Dónde va a parar!

-Es que la Sarga lo hacía por pecado.

Elipio Honcayo, pariente de D. Hermes vía materna, nació infestado por el virus de la envidia y no hubo química ni oración ni sortilegio capaz de remediar su podredumbre. Elipio Honcayo, de puro y total envidioso ni se conoció a sí mismo de tanto como ambicionó lo ajeno. Cuando murió D. Hermes, su pariente por rama materna, fue incapaz de soportar el ataque de envidia que le causó el verle tan sereno, tan plácidamente ajustado en su ataúd y aquella misma mañana se ahorcó de una viga. A Elipio Honcayo, sus convecinos decidieron incinerarle en su propio corral para que no apestase el camposanto.

-¿Y murió feliz?

-Eso, mi querido contertulio, son asuntos del misterio.

-Bueno..., sólo era por preguntar

Jabalón Colludo nació para vivir poco tiempo y murió a los tres años de edad. A Jabalón Colludo le dio tiempo, en tan breve intervalo, de saborear algunas delicias de la vida, verbigracia: chupar el pezón de una teta, dormir cuánto le dio la gana, no pagar los recibos de la luz e ignorar la lista de los reyes godos. A Jabalón Colludo le enterraron en una cajita blanca con asideros de cobre.

-¡Angelito de Dios!

-Pasó como un soplo por el mundo.

-¡Qué le vamos a hacer!

Celeste Grava nació un quince de Febrero, San Faustino, y falleció un quince de Febrero, San Faustino, setenta y dos años después. Celeste Grava contrajo matrimonio católico, en primeras y únicas nupcias, con Bienvenido Arucho, un quince de Febrero, San Faustino. Celeste Grava parió ocho hijos, a par de años uno, de nombres: Valeriano, Victoriano, Vicente, Valentín, Viriato, Venancio, Virgilio y Veridiano, que vieron la luz del sol, sin excepción, un quince de Febrero, San Faustino. Celeste Grava fue mujer piadosa, muy devota de San Saturio. A Celeste Grava la enterraron con hábito de San Nicolás.

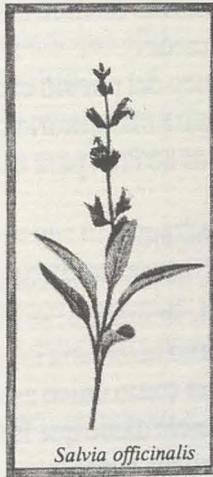
-Para mí que fue una desconsideración hacia San

Faustino.

-Es que el corazón, a veces, no acierta ante lo evidente.

-Ni ante lo concordante.

-Pudiera ser, ya que nadie conoce las sutilidades de lo armónico transcendente, tío listo.



Salvia officinalis

JESÚS RUBIO

EL PAÍS DE LAS MUJERES CALLADAS

(1)

No le quedaba más remedio, pero Ana no quería salir de casa cada vez que Manuel, gato de ojos azules, se encaramaba al campanario de Santa Ana.

Nadie quería aquel trabajo, nadie estaba tan loco.

-Laña, si ves por allá arribita un nido de gaviluchos, tráeme alguno. Es para hacer caldo.

Manuel, el Laña, el único del pueblo capaz de subir al campanario de Santa Ana para blanquearlo, para vestirlo de cal, sabía que los gaviluchos no eran para hacer caldo.

Pero callaba.

Como todas aquellas mujeres.

Si Ana hubiera mirado, habría visto cómo la pequeña y delgada figura de Manuel, su marido, se abrazaba al gallo de hierro de la veleta y cómo manejaba la escobilla, con mano diestra, con una maroma como único asidero a la vida.

Alguien no avisado hubiera dicho que la veleta estaba viva.

Ana miraba al suelo, callaba y pensaba.

Pensaba en aquella criaturita de cuatro años, que había here-

dado los ojos azules de su padre; y rezaba porque Manuel, el Laña, regresara sano y salvo de los cielos.

En el año del anónimo todo escaseaba en el pueblo, aunque Ana, pese a todo, no se quejaba: su padre, Miguel, casero del Cortijo Amarillo, les procuraba siempre algo: patatas, lechugas, tomates, algún que otro conejo e, incluso, algo de matanza.

Tenían suerte: muchos en el pueblo ya no recordaban a qué sabía el tocino.

Además, a Manuel no le faltaba trabajo y su hija estaba muy bien recogida en casa de doña Paz.

Mucha gente estaba peor que ellos.

-Lo importante es la salud.

Eso era lo que repetía, una y otra vez, Miguel, su padre, que sabía muy bien lo que era enfrentarse a la muerte.

ÉL lo hizo en Cuba.

Aunque aquella fiebre que muchos días le dejaba en cama les recordara que a la muerte se le engaña, pero no se le gana.

Tarde o temprano, todos perdemos.

Pero lo importante es estar vivo, no se cansaba de decir Miguel.

Así que no había que quejarse, sino andar con los bártulos que se tenían.

Ana removía el cisco del brasero y pensaba en su hija, su

única hija.

Dios había dispuesto que no pudiera tener más hijos.

Así debía ser.

Nada de lamentos.

Pero el año del anónimo, el año de los sesos de aquel muchacho desparramados en la puerta del Casino, Ana no se resignó y habló.

Todas las mujeres hablaron.

Y sus voces fueron claras.

-¡Ana! ¿Te has enterado? Han encontrado al que escribió el anónimo. Es aquel muchacho de la calle Sevilla, el que habla con una de Fuente del Arco.

Aquel día, con Manuel todavía encaramado al campanario, Carmelo, el vecino, subió de la plaza, como era costumbre, con más noticias que pan en la talega.

Un mes atrás, uno de los señoritos del pueblo, había recibido un anónimo.

Y desde hacía un mes, todo el pueblo vivía con la sospecha prendida de las ventanas.

Todo el pueblo.

Absolutamente todo.

Pero a partir aquel día, ya en vísperas de la aceituna, a qué negarlo, el aire se volvería más ligero, la luz, más limpia.

Todos sabían que, en aquel pueblo, país de las mujeres calla-

das, las cosas pasan de manera irremediable, sin que sepan los ocultos tejemanejes que hacían que así fuera.

Era una fuerza que nada tenía que ver con la Providencia.

Sin más.

Le habían cogido.

Y el resto del pueblo respiró aliviado.

En el Cotorrillo y en el Coso, en San Francisco y en Santa Ana, la iglesia de las dos veletas, una de hierro y otra de carne, la cal brilló con especial esplendor, pese a que, aquel día, las nubes de noviembre apenas dejaban respirar a ese sol que, cuando llegara julio, se tomaría cumplida venganza. Hasta los olivos lo sabían, porque agitaban sus pesadas ramas para recordar a todos los hombres y mujeres del pueblo que se avecinaba el día en que sus dedos maltratados por la escarcha debían recoger su fruto.

Pero del alivio, al miedo.

Ana habló.

Todas las mujeres hablaron.

Por una vez.

Sus voces fueron claras.

-Tú, desde luego, no vas.

Eso fue cuanto dijo.

Refugiado por las colchas de la mesa camilla, al amparo del cisco, Manuel, el Laña, el único del pueblo lo bastante loco

como para blanquear el campanario de Santa Ana, bajó su mirada azul hasta su vaso de vino y dejó que escapara un hilo de aliento.

-¿Qué os ha dicho doña Paz?

-Lo mismo. Que mañana no se nos ocurra bajar a los niños a la plaza.

Doña Paz, la maestra, también se había opuesto a que los niños presenciaran aquello. Manuel suspiró aliviado.

Apuró el vino y tras rebañar con su lengua de gato el caldo que se le resbalaba de entre los labios, rompió de nuevo el silencio:

-Sal un rato a la calle, hija. Juega con tus amigas.

Mientras aquella niña de cuatro años, que había heredado los ojos azules de su padre, abandonaba la cocina, Ana clavó su vista en él.

Aquella mirada preguntaba.

Aquella mirada esperaba aliento.

Manuel se secó los labios con la manga de la chambra, retó con su mirada azul a la de su esposa y asintió.

-Dile a tu primo Ernesto que mañana, cuando vaya a por el cisco al Cortijo Amarillo, que se lleve a la niña con tu padre.

BENJAMIN VALDIVIA

HOTEL ESMERALDA

Caballero, ¿puede decirme dónde es el Hotel Esmeralda? Allí me bajo yo. Porque no soy de este rumbo. Yo nomás vengo a ver la esquina del hotel, porque fijese que allí yo creo que quedó la mancha de sangre. No creo que el autor haya querido hacerlo, pero ¿qué remedio le quedaba? ¿No? Si uno trabaja muy duro para que nazca la novela como un hijo. Todos los días nomás pensando por dónde llevaré a la muchacha, qué va a hacer el mayordomo. Porque ya ve que siempre hay un mayordomo sospechoso. Pero así es el asunto. Puede que la novela no haya sido gran cosa, pero qué coraje, ¿verdad? Yo me imagino que debió sentir muy feo. El autor, digo. Porque estuvo escribiendo su novela, la que acabo de leer. Todos los días pensando que si la muchacha iba a decir la verdad, que si el mayordomo era muy amigo de la muchacha. Yo leí el libro enterito. Y ya cuando estaba terminada la novela, que la lleva a ver que si se la publicaban. ¿Quién va a publicar semejantes mentiras? Pues sí, porque ya estamos hasta el cachete de que el mayordomo y la muchacha y el petate del muerto. Pero bueno, el libro estaba

terminado y lo llevó. Pero era una editorial de esas grandes, sólo para gallones o para tarados. Los intermedios como él ¿cómo iban a entrar allí? Y le dijeron que las arañas, que no sé qué, hasta que le salieron con que se había perdido el original y que ahí nos vemos. Gacho, ¿verdad? Pero eso no es nada. ¿No le digo que ya leí toda la novela? A los tres meses, que la sueltan impresa con el nombre de otro y con gran éxito: cien mil vendidos la primera semana y luego al cine. Y ya sabrá, caballero, que era la novela de él. Vino al Hotel Esmeralda en camión, y en la mera esquina, de noche, le cortó el cuello con una navaja al maldito que le robó las palabras. Por eso vengo a ver, ya que acabé la novela, a ver si hay manchas de sangre todavía. Mire, creo que es aquí en esta esquina. Aquí me bajo.



JESÚS BERMEJO

EL PATIO DE LA CASA

Estoy en el patio de la casa del pueblo. Son las siete de la tarde de un caluroso y seco domingo de agosto. Sentado a una mesa redonda de patas cortas, alrededor de la cual hay cuatro sillitas bajas de anea, de esas que se usan para salir las noches de verano a la fresca, a darle al pico en compañía de los vecinos, miro pausadamente el patio y, en la placidez de la tarde, intento darle un apunte al pintor que un día pretenda dibujar este espacio apacible y añejo.

Enfrente de mí hay una pared blanca y una puerta que une el patio con la herrén y las cuadras; al fondo se ve un cobertizo con un tejado árabe sobre el que resbalan los rayos amarillos, aún intensos del Sol. En un rincón, más a la derecha, testigo de los años y ajena a las tormentas, hay una parra vieja y abandonada a su suerte durante mucho tiempo; está sin podar pero tiene animosas ramas verdes que van avanzando como lianas persistentes por las guías que les hemos marcado para ayuda y sostén, y rugosos troncos, como sarmientos viejos, de los que penden racimos cumplidos de

uvas color miel. A estas horas todavía nos cobija de algún rayo de sol pues está sabiamente plantada y eficazmente orientada hacia levante, hacia la Sierra del Santo, donde, de mañana, el Sol tempranero inunda el pueblo de luz y calor crecientes.

Al lado de la parra hay dos puertas; la situada a la izquierda nos abre el paso a una cocina de pastor, con chimenea de tiro rápido y diestro trazado que sólo devuelve el humo de la lumbre en los ratos de tormenta aparatosa y de ventarrones otoñales. Es una habitación de unos dos metros de altura, cuyo tejado es inclinado y descansa en un entramado de cuarterones y cañizo. Un ventanuco que da a la herrén, dos faroles antiguos que jalonan la repisa de la chimenea y las tenazas y las trébedes traen recuerdos imposibles de su dueño antiguo, el tío Jesús Melchor que, con su familia, pasaría aquí horas y horas, las largas noches de invierno, contemplando hipnotizados el lento discurrir de las brasas, el borboteo de algún puchero y el paralelo fluir de silencios y conversaciones.

A la derecha de la parra hay una puerta antigua de madera curtida por el tiempo, con dos campanillas que suenan cuando se abre y se cierra; da acceso a dos cuadras, una con un pesebre y la otra con una cama persistente de paja molida, en el suelo. Aún se conservan en esta cuadra

algunas garrafas que en su día servirían para el acarreo del aceite de oliva desde el molino hasta las tinajas ubicadas en la troje, donde el tiempo iría aportando color y densidad al líquido.

En la pared de mi derecha hay un amplio ventanal desde el que se vislumbra una sala de estar y cocina moderna, que aprovecha la luz del patio para disfrutarla a buen cobijo en las apacibles mañanas de invierno y en las tardes de primavera y otoño. En esta estancia había una chimenea, nunca utilizada, que está habilitada como lugar que concita miradas y oídos, pero no para ver las brasas de la lumbre ni oír el chisporroteo de los troncos quemándose sino para ubicar la televisión y la cadena de sonido, esos medios modernos que cumplen la misma función que el fuego de las chimeneas después de cenar: la ensoñación de imágenes lejanas y ruidos diversos, aportados antes con el relato de algún experto en esas lides y hoy con el mecanismo básico de un interruptor electrónico que acciona la entrada inmediata en la casa de mundos ajenos e idiomas de todos los lugares.

A mi espalda está el hastial posterior de la casa, con una puerta de cristales rectangulares, protegida por una cortina, que da acceso al portal, umbrío y fresco en verano y

luminoso y cálido en invierno. En la parte inferior de la pared, una ventana desahoga el baño de olores y humedades y lo llena de luz, filtrada por una persiana de madera. Este hastial, blanco de cal, contrasta con la fachada de la casa, de color beige, como las demás casas de labradores y pastores del pueblo. De dos plantas, la casa conserva su sabor antiguo, si bien en sus tripas lleva tuberías de calor y de agua, de electricidad y de gasóleo, para permitir una vida más cómoda sin perder la estructura antigua. El portal es de baldosín viejo y tiene techos de madera y ladrillo visto. Este espacio da acceso a dos dormitorios, amueblados sobriamente y en los cuales destaca algún detalle antiguo como el cabecero de hierro y adornos dorados, y las ventanas de madera con sus postiguillos, que atenúan la luz en la siesta y producen sensaciones muy placenteras de claridades y sombras. Al lado de los dormitorios, un baño espacioso, elegantemente distribuido y decorado, da a la casa un toque señorial, en el lugar más visitado después del patio.

Desde el portal, subiendo por una escalera de empinados escalones, llegamos a la troje, cuyo techo es un entramado de madera y cañizo, como la cocina del pastor, pero abierto a dos aguas y con una altura respetable. Hay tres ventanucos que permiten contemplar la Sierra del Santo,

los tejados del pueblo o un plácido semblante de patios encajados que se extienden hacia las llanuras del Sur, salpicadas del verdor de las higueras y de las parras.

Y, por fin, a la izquierda de la mesa desde la que esto escribo, está la puerta del callejón por donde en su día entraban y salían las ovejas y las cabras. Utilizada hoy esta puerta como acceso alternativo a la casa, al mirarla y contemplar el callejón en este momento de la tarde se puede oír en la melancolía de los tiestos y en el silencio de las piedras, los balidos de las ovejas y sus campanillos rumorosos y sosegados, y se puede ver el reguero de cagarrutas que dejaban e incluso sentir cómo su olor, dulzón y algo desabrido, penetra por la nariz. Aún hoy, Linda, nuestra perra, descendiente de careas, se pasea por la herrén y las cuadradas olisqueando rincones y persiguiendo quizá el rastro de algún perro antiguo y pusilánime, o acaso en celo.

Y cerca, muy cerca de la parra, bajo su sombra, en una sillita baja, Mariví cose una cortina para la puerta de la calle y lejos de sus artículos, su ordenador o sus clases, evoca la higuera y el patio de su abuela «La Fraila», donde siendo niña aprendió a bordar. Sintiendo el rumor profundo de sus raíces, mira a su alrededor y evoca desde este espa-

cio vivo y sin embargo antiguo, aquello que se fue, la infancia y lo que queda de ella, en este patio que conserva aún el pilón de agua de la sierra que se desliza entre algunos líquenes verdosos.

Así es el patio de la casa, irregularmente cuadrado y plácidamente sombrío, a estas horas de la tarde; aquí pasamos los atardeceres de agosto, oyendo el reloj de la torre de la iglesia, el canto de algún gallo, el pregón del buhonero o del melonero o el rumor de las conversaciones de los vecinos.

Cuando ya ha anochecido, la temperatura desciende y es el momento de reponer fuerzas cenando gazpacho, algo de carne guisada y fruta fresca. Y después, un paseo con los amigos, una buena tertulia con un buen vaso en la mano y, en la madrugada, cuando se tercie, volver a casa, tender una manta en el suelo del patio, echarnos en ella para contemplar las estrellas y después, pronto, acostarnos tranquilos, sin prisa y sin despertadores.

Los Navalmorales (Toledo), 15 de agosto de 1995

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

POSEER LOS ASTROS

ALADAMIA.

Autora: Juana Castro

Excma Diputación, Córdoba, 1.996.

La suya es una poesía de sensaciones, de acercamientos, de vivencias. El mundo está cerca del corazón y las palabras fluyen hacia ese universo abierto, palpable, donde es posible toda esperanza. Un libro de hermosa edición recoge la poesía de Juana Castro, de forma ordenada, como un testimonio de ese quehacer continuado que supone ir dando a la imprenta una parte de la vida y, con ello, ir construyendo una biografía particular. Son versos de 1978 a 1.994 y, únicamente, preludio de nuevas inspiraciones líricas de la autora cordobesa. Para entender su poesía bastaría con el completo estudio que hace Pedro Ruiz Pérez, bajo el título de «Genealogía de una escritura poética», al comienzo de este libro, que, además, nos sitúa en condiciones para comprender determinados aspectos de la lírica actual además de analizar sus antecedentes, al menos en el plano de una herencia como la que legó el grupo «Cántico» a los creadores que en él bebieron. «No es -escribe Ruiz Pérez- la lírica de Juana Castro un ejercicio metapoético de reflexión sobre el propio proceso de escritura, sino un canto de afirmación del espacio creador en el canto poético». En «Cóncavo mujer» (1978) es su cercanía humana la que

entretreje un edificio de imaginativas presencias, lo femenino cobra valor de vitalista leyenda. «Errante voy/ por mi camino ciego de horizontes,/ sin linaje ni estelas,/ la distancia mordiendo/ de llegar algún día a ser humana». Es como reordenar los rincones de la existencia a partir de la configuración, hábil e intacta, de tantas insinuaciones como es capaz de precipitar quien analiza esas ficciones de femenino a través de su inserción en la realidad más sorprendente: «Ellas son las ofrendas,/ una música en río las estrena/ más allá del incendio,/ por el cauce fatal de sus esencias». «Del dolor y las alas» de 1.982 nos lleva a los desgarros de lo cotidiano, a los dramas del presente. Aparece el ser humano frente a la tragedia de su desaparición y al dolor de la angustia permanente. Es una poesía intimista, valiente, razonada, inquieta. «Que se calle el dolor./ Que se apaguen los dardos del estío,/ enterradme calientes las espinas./ Que mi niño se duerma/ sobre todo el aliento/ de los volcanes». «Paranoia en otoño», 1985, aparece como un recuento de la existencia, una historia de músicas y prados; la poesía se mece en torno a misterios pacíficos, al olor de la afectuosa convivencia. «Me has sembrado de ojos la tristeza,/ de pétalos la boca,/ y en cualquier horizonte de mi savia/ siempre está tu dulzura rebosada». «Narcisia», 1986, trae un soplo de cierto misticismo, como de oración imperfecta y de luz radiante aunque imperfecta; nace una poesía pletórica y próxima a la existencia. «Como un espejo verde, su mirada/ poseía los astros y las cosas». «Arte de cetrería» de 1.989 recuerda los espacios del verso impregnado de naturaleza y de vigor, los cielos surcados por aves recias y sentimientos ávidos de satisfacción; es el momento en que la conciencia se eleva sobre el espacio abierto de la lejanía y en que un aire de algún leve erotismo se pregunta por los disfrutes terrenales y el valor de la pieza inalcanzable. «Que Dios te guarde siempre, ave mía lejana./

Sonriamos al aura en esta despedida/ que debe ser amable. Graciosa / dulce amiga, es toda mi referencia. «Alta traición», 1990, es una larga reflexión, parcelada; contiene imágenes de espirituales uniones, de caminos dibujados en idéntico efecto, del amor desplegándose en medio de una naturaleza pacífica y desbordada. «Un hombre/ ha llegado a las islas. Nadie sabe/ su nombre ni su vida./ Es más alto/ que el sol de mediodía. Me ha mirado./ Ahora sé/ dónde estaba escondida la cara de la luna». «Fisterra», 1992, es un libro intenso, en él se cruza la vida y los deseos, la historia y sus ecos, geografía y sus finitudes; son versos limpios, armónicos, valientes, persistentes. «Ansiosa, entraré en tu rocío/ como quien llega a puerto». «No temerás» de 1994 y «La bábala y otros poemas» es la versificación de madurez, de alguna actualidad camino de otras progresiones, de otros versos para el recuerdo, de la memoria haciéndose presente y dolorido paisaje. La de Juana Castro se ha convertido en una poesía de cauces abiertos, de luminosas efervescencias, de dialogantes intenciones, de expectantes continuidades. Todo ello le configura como una autora importante espléndida. «Es injusto el amor», escribe.

REFLEXIÓN Y VIVENCIAS

LIBROS EN SALVAJE.**Autor: José Bailón.****Editorial: Devenir. Humanes (Madrid) 1.995**

El granadino José Bailón autor de tres anteriores libros, nos ofrece en esta nueva entrega un poemario repleto de interés y de amenidad líricas. Para situarnos ante sus poemas deja en el pórtico del volumen tres citas de las que elegimos la de Croce, que dice: «El artista no cree ni deja de creer en su imagen; la produce sencillamente». Creemos que esta es una buena manera de iniciar su recorrido por esta multitud de pequeños libros que guardan versos e imágenes donde la reflexión y las vivencias del autor tienen un especial lugar de confrontación. Así, de sus primeras estrofas, que dan título al libro, elegimos una sola predicción: «Atención a la calma/que asumen los vencejos,/completos los viajes/viajan sin museos./Y atención al león/ de circunstancias puesto», y de «Las ocasiones del exilio» un poema con el nombre de Aleixandre en su frontis y el aire de cierta poesía meditada y murmurante nos quedamos con esta sentencia: «Lancemos ahora los acompañados,/polvorines que esperan ser buscados;/ de nuestra naturaleza peguemos con un salto elevado/ lo arrancado del espacio». Versos musicales y comedidos donde surgen intensas evocaciones, historias del tiempo consumido y posibilidades de inaugurar un nuevo lenguaje a cada paso. En «Bach leyendo a Mallarmé» algún cuchillo traspasará la atmósfera tranquila: «Recorrido todo el extenso puñado de jazmines/ y el mirador no acecha./

Violencia digerida/ de escapar la Belleza:/ una puñalada en el extraño,/ pureza donde los labios contrarios se regulan», pero más adelante y ante Tolouse-Lautrec el autor intenta un atisbo de biografía pictórica o personal: «El encantador permitido de los silencios/ de la herida pospone al encanallamiento/ de patas ardientes de corceles/ a las huellas desnudas/ que tumban en movimiento el aire». Bailón recorre los infinitos mundos de otros creadores, pintores, músicos, poetas, escritores, artistas en suma que han creado la ilusión de un entorno diferente y con ellos va descubriendo las aristas enmohecidas del planeta. Al final se refugia en una música íntima y perversa, tal vez para humanizar las aristas de una convivencia que los siglos han torturado. De su «Misa de réquiem», con Mozart al fondo, nos queda un nuevo aviso para el futuro: «Las aves con las circunstancias desasidas».

ÍNDICE

Joaquín Copeiro **5/68**; Jesús Pino **10/106**; Elisa Romero **15**; María Antonia Ricas **19**; **Carmen** García-Lecua **23**; Francisco del Puerto Almazán **25**; Mar Peces **43**; Manuel Quiroga Clérigo **47/125**; Amparo Ruiz Luján **51**; Jesús Bermejo **53/119**; Miguel Ángel Curiel **54**; Gustavo Luengo Rodríguez **57**; Rosa María Sagrario Zaba Paredes **59**; Citlalli H. Xochitiotzin **61**; Juan Carlos Pantoja Rivero **62**; Ana Isabel Rodríguez Ortega **64**; Juan Carpa **67**; Paco Morata **75**; Benjamín Pulido Navas **92**; Jesús Rubio **112**; Benjamín Valdivia **117**.



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

